notarás brotar alivio y fortaleza". Y se decide a "sufrir voluntariamente la muerte antes que negarse a confesar su fe ante el mundo". También él sentía agonía y miedo, como Jesús aquella noche de Getsemaní, pero le confortaba la gracia de Dios. Como dato curioso, este Manuscrito sobre la Pasión del Señor —el más extenso manuscrito de Moro que se conserva— se guarda en el Colegio del Corpus Christi de Valencia, y en un papel pegado al volumen hay unas palabras escritas, por el fundador del Colegio, San Juan de Ribera, que indican cómo llegó hasta él dicho Manuscrito.

* * *

En 1535 fue juzgado y decapitado Fisher, recién nombrado cardenal y obispo de Rochester que estaba en la Torre también. Poco después es juzgado Moro. Se confiesa fiel súbdito del rey, pero no quiere juzgarle como Cabeza de la Iglesia. Es condenado a morir ahorcado, descabezado y descuartizado. Luego, por "clemencia del rey" fue sólo decapitado. Firme ya la sentencia, el acusado se vuelve acusador y aprovecha la ocasión, ante el Parlamento, para justificar su conducta, apoyada por el consentimiento de la Cristiandad, fuera de la Inglaterra oficial. A ellos en cambio les echa en cara de condenarle con una ley injusta que aprobaron por miedo. Con todo espera que un día recapaciten y se encuentren juntos en la gloria, como Pablo que había estado entre los que condenaron a Esteban y luego se encontró con él.

El encuentro posterior con su hija fue enternecedor. A ella le escribe la última carta con la punta de un palo quemado. Fue su gran confidente. Se acuerda de todos y a todos los emplaza para el cielo. Los últimos días los pasó con gran paz y sorprendente serenidad. Estaba ya más allá de la vida y de la muerte.

Cuando su amigo Tomás Pope vino a comunicarle de parte del rey el momento de la ejecución, fue Moro el que tuvo que consolarle: "Sosegaos y no os apenéis. He de mostrarme ante todo agradecido a Su Majestad, por haberse dignado librarme tan pronto de las miserias de este desventurado mundo". Había dormido tranquilamente y se desayunó con un vaso de leche. Quería vestirse una capa de seda, como en días de gala. Encargó que dieran una moneda de oro al verdugo.

Salió Moro hacia el suplicio erguido, pálido y sonriente, y con una cruz en las manos. Una mujer le ofreció vino para reconfortarle, pero él lo rehusó amablemente, pues "a Cristo en su pasión no le dieron vino sino vinagre".

Tuvieron que ayudarle a subir al cadalso. Una vez arriba, recitó el salmo 50: "Apiádate de mí, Señor, por tu bondad". Luego pidió que rogasen por él, que él lo haría por ellos desde el otro mundo. Terminó diciendo que moría "como buen súbdito del rey, *but God's first,* pero antes, de Dios". El verdugo le pidió perdón, según costumbre, y Moro le dijo: "¡Animo, hombre!, no tengas miedo a cumplir con tu oficio. Mi cuello es muy corto. Andate, pues, con tiento y no des de lado, para que quede a salvo tu honradez". Se vendó él mismo los ojos. Se reclinó tranquilo y colocó la cabeza sobre el tajo. Pero al notar que le quedaba la barba entre la garganta y la madera, dijo al verdugo con gran serenidad, y con aquella pizca de humor que no le abandonó ni en el último instante: "Por favor, déjame que pase la barba por encima del tajo, no sea que la cortes". El verdugo cumplió bien su oficio. "Blandió el hacha

y de un solo golpe le seccionó el cuello. El filo se hincó en la madera y la cabeza rodó sobre las tablas". Era el 6 de julio de 1535.

* * *

La cabeza fue clavada en una pica en el puente de Londres. Al cabo de un mes, sabiendo que el verdugo la tiraría al Támesis. Margarita logró quedarse con la preciada reliquia de su padre. La encerró cuidadosamente en una caja y quiso que se la clocaran sober su pecho cuando fuera enterrada. Hoy se conserva en San Dunstan de Canterbury. Al visitar Canterbury, no nos contentamos con venerar las reliquias de Santo Tomás Becket y de San Anselmo. El delicado gesto filial de Margarita —uno más de su conmovedora personalidad— nos animó a buscar la iglesia de San Dunstan para rezar ante su sepulcro y ante la preciada reliquia de su padre. El cuerpo, para evitar peregrinaciones, fue tirado a una fosa común con el de Fisher, para mezclarse luego —¡ironías de la historia!— con el de Ana Bolena, acusada de adulterio, y el de Cromwell, ejecutados también.

La triste notica se extendió rápidamente por Europa, causando estupor e indignación. Carlos V lo lamentaba así: "Yo hubiera preferido perder la mejor ciudad de mis dominios que no el perder Consejero tan valioso". En la misma Inglaterra apostrofaba pocos años después el Cardenal Pole a los londinenses: "¡Habéis dado muerte al más noble de todos los ingleses, le habéis dado muerte!". Al año siguiente moría Catalina de Aragón —desaparecido su principal valedor—, y en el mismo año Erasmo también, que tanto sufrió con la muerte de su amigo. Enrique VIII, después de casarse seis veces —dos esposas ejecutadas, dos repudiadas, una muerta de parto y la sexta que le sobrevivió— murió el 1547.

* * *

La vida de Moro, escribía un contemporáneo suyo, era copia del Evangelio: "Como Juan Bautista fue decapitado a causa de Herodías, Moro lo fue a causa de una concubina". La fama de Moro se difundió por todas partes. Se escribieron sobre él infinidad de obras, y, entre las últimas, el drama luego llevado a la pantalla, *A man for all seasons, Un hombre para todos los tiempos, Un hombre para la eternidad*. Se le considera como mártir, y, con *Utopía,* como un anticipo de las encíclicas sociales de los Papas. Fue también un ejemplo, con su vida comprometida, de auténtica promoción de los laicos.

Murió orando y perdonando. Su vida nos grita que la independencia de la conciencia es sagrada. No hay que doblegarse jamás ante las intrusiones injustas de los tiranos. Hay valores que están por encima de la vida. No se trata de un fanático ofuscado, sino de un hombre fiel, honrado y consecuente. Salvando las distancias, Moro, como Cristo, triunfó en su muerte. Moro salió vencedor en la prueba y Enrique fracasó al querer imponerle una determinada línea de conducta. En el fondo, había triunfado la verdad sobre la tiranía.

Las virtudes y el martirio de Moro quedaban a la vista de todos. León XIII lo declaró beato en 1886 y Pío XI, santo, en 1935, en el cuarto centenario de su muerte. El obispo Juan Fisher fue canonizado también. La egregia figura de Moro ejerce un atractivo que no se marchita: mártir por la unidad de la Iglesia y por la libertad de la conciencia contra las leyes civiles injustas.

El gesto de Moro nos recuerda dos casos famosos de la literatura: Antígona, que ante un conflicto entre la ley civil y la conciencia muere por desobedecer la ley civil y seguir su conciencia. Y Calderón, con los clásicos versos que pronuncia Pedro Crespo, *el alcalde de Zalamea:* Al rey la hacienda y la vida/ se ha de dar, pero el honor/ es patrimonio del alma/ y el alma sólo es de Dios. "La impresión que deja en la historia es de una incomparable reciedumbre y libertad de espíritu, unidas al carácter más humano y feliz que se recuerda en Inglaterra".

Como una prueba más de su vida interior, de su bondad, de su alma armoniosa y de su buen humor, terminamos con esta hermosa oración que Tomás Moro gustaba rezar con frecuencia: "Señor, dame una buena digestión y, naturalmente, algo también para digerir. Dame la salud del cuerpo con el buen humor necesario para conservarla. Dame un alma sana, Señor, que tenga siempre ante los ojos lo que es bueno y puro, de tal manera que no se escandalice ante el pecado, sino que sepa encontrar el medio de superarlo. Dame un alma que no conozca el aburrimiento, las murmuraciones, los suspiros, las lamentaciones. Y no permitas que yo me sienta abrumado por algo tan avasallador como es mi propio yo. Señor, dame el sentido del humor. Dame el don de saber reírme de una broma para que sepa sacar un poco de alegría de la vida y pueda compartirla también con los demás".

CABALLERO ANDANTE A LO DIVINO

"Don Quijote discurría con la voluntad, y al decir '¡Yo sé quien soy!' no dijo sino '¡Yo sé quién quiero ser!' ". "Y es el quicio de la vida humana toda: saber el hombre lo que quiere ser. Te debe importar poco lo que eres. Lo cardinal para ti es lo que quieras ser. El ser que eres no es más que un ser caduco y perecedro, que come de la tierra y al que la tierra se lo comerá un día. El que quieres ser es tu idea en Dios, Conciencia del Universo, es la divina idea de que eres manifestación en el tiempo y en el espacio. Y tu impulso querencioso hacia ese que quieres ser no es sino la morriña que te arrastra a tu hogar divino. Sólo es hombre hecho y derecho el hombre cuando quiere ser más que hombre" (Unamuno). Y más que hombre quería ser el capitán de Loyola. Por eso abandonó los ejércitos de Carlos V y se alistó en las banderas del Rey Eternal.

* * *

La fuente principal de esta semblanza es la *Autobiografía de San Ignacio,* redactada en tercera persona. pues es un relato de viva voz hecho por Ignacio a su confidente el P. Cámara y reproducido por éste con gran exactitud. "He trabajado, afirma el P. Cámara, de ninguna palabra poner sino las que he oído del Padre". Gozaba además "de excelente memoria", según asegura el P. Nadal, a cuyas instancias debemos principalmente estas confidencias de San Ignacio. Otra fuente importante es la *Vida de San Ignacio de Loyola* del P. Ribadeneyra, toledano y primer biógrafo del Santo, que dice: "Contaré lo que yo mismo oí, vi y toqué con las manos en Ignacio, a cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad".

Iñigo López de Loyola nació de esclarecida familia en 1491. Sus padres se llamaban Beltrán y María, y fue el último de trece hermanos. Enviado pronto a la corte de los Reyes Católicos, "fue hombre dado a las vanidades del mundo. Era brioso y de gran ánimo, diose mucho a todos los ejercicios de armas, procurando de aventajarse sobre todos sus iguales, y de alcanzar nombre de hombre valeroso, y honra y gloria militar" (P. Ribadeneyra).

A los 30 años, en 1521, un hecho resonante produjo en él una revolución interior y *giró en redondo el rumbo de su vida.* Impide a los capitanes que se rindan en Pamplona ante el estrecho cerco de los franceses. Entonces, "una bombarda le hirió en la pierna derecha, de manera que se le desjarretó y casi demenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, también le hirió malamente la pierna izquierda".

Por dificultades en la curación de la pierna derecha, está a punto de morir y atribuyó el haber salido de este trance a su devoción a San Pedro. Le quedaba la pierna derecha corta y contrahecha, con un hueso encabalgado sobre otro que la afeaba. Y como era "mozo lozano y pulido", quiso que se lo cortasen. Se lo cortaron "por lo vivo", soportando el terrible dolor sin una queja, aunque la pierda le quedó más corta que la otra. "Ponía admiración su resistencia y no mostró otra señal de dolor que apretar mucho los puños".

* * *

Mientras se reponía, como era muy aficionado a leer libros de caballerías, pidió que le diesen algunos para entretenerse. Al no haber ninguno de estos, le dieron un Flos Sanctorum o Vidas de los Santos, y la Vida de Cristo por Zudolfo de Sajonia, el Cartujano, la primera Vida de Cristo que se escribió, que tanto influyó en la espiritualidad de aquel tiempo.

A veces se paraba a pensar en lo que había leído, pero otras veces se pasaba tres o cuatro horas embebido, imaginando las heroicas hazañas que realizaría "en servicio de una señora", y estaba con esto tan envanecido que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar. Difieren los autores en concretar cuál era su Dulcinea, pero suelen apuntar a una princesa real.

Nuestro Señor le socorría, y volvía a pensar en las cosas que leía, razonando consigo: "¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco y esto que hizo Santo Domingo?". Y se animaba interiormente, proponiéndose grandes obras por el Señor, repitiendo: "Santo Domingo hizo esto: pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto: pues yo lo tengo de hacer". Y así iba pasando de las hazañas mundanas a las que se proponía hacer en honra de Dios.

Una diferencia nota el Santo en esta diversidad de pensamiento, y es que "cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho, cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento, y cuando en ir a Jerusalén descalzo y en no comer sino hierbas y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los Santos, no solamente se consolaba cuando estaba en tales pensamientos, más aún después de dejados, quedaba contento y alegre". Y según la glosa del P. Cámara, aquí está la raíz de la doctrina sobre la discreción de espíritus, que luego el Santo explanará en los Ejercicios Espirituales.

Su conversión se va consolidando con el deseo de hacer penitencia de su vida pasada y de comprometerse con la gracia de Dios en imitar en todo a los Santos. Sus deseos "se le confirmaron con una visitación, pues recibió consolación muy excesiva una noche", por habérsele aparecido la Virgen Santísima con el Niño Jesús. Se siente recreado en su alma con celestial dulzura y recibe el don de castidad. Pasaba mucho tiempo en oración y escribía sentencias tomadas de la Vida de Cristo y de los Santos, para que su efecto fuera más duradero. Todos en casa notan la *gran mudanza* que se había obrado en su interior, y esto causa gran bien a sus almas.

Muchas veces y por mucho tiempo se entretenía mirando al cielo y las estrellas. En ello sentía gran consolación y crecido estímulo para servir al Señor. Cuenta el P. Ribadeneyra, que esta costumbre le duró toda la vida, y que él mismo le oyó decir muchas veces, como arrobado y suspenso: "¡Ay, cuán vil y baja me parece la tierra, cuando miro al cielo!".

Mientras se restablecía pensaba en la posibilidad de entrar en la Cartuja de Sevilla, "sin decir quién era para que en menos le tuviesen y allí nunca comer sino hierbas". Pero lo primero era hacer el viaje a Jerusalén. Su hermano mayor quiere retenerle, pero nada puede hacerle desistir de su propósito.

* * *

Ignacio sale de su tierra y después de pasar una noche en los pies de la Virgen de Aránzazu, visitaría la Virgen del Pilar, al pasar por Zaragoza, y se dirige a Montserrat. Durante el camino tiene lugar la famosa discusión con un moro sobre la virginidad de Nuestra Señora, y cómo Ignacio deja a su mula la decisión, en una encrucijada, de perseguir al moro y "darle de puñaladas", o dejarle y seguir el camino real, como sucedió. No tenía aún Ignacio claras las normas de conducta que había de seguir, aunque todo su empeño era imitar las grandes proezas de los Santos y realizar obras grandes por Dios.

Llegó a Montserrat, hizo una confesión general que duró tres días, entregó sus armas al confesor para que las pusiese ante el altar de la Virgen, cambió su rico vestido por el de un pobre, y queriendo imitar las costumbres de los caballeros andantes, "de Amadís de Gaula y de semejantes libros", dice expresamente, pasó toda la noche velando las armas ante la imagen de Nuestra Señora. "Era la víspera de Nuestra Señora de Marzo de 1522".

Se dirige a Manresa donde pasará un año. Lleva una vida intensa de piedad con hasta siete horas diarias de oración de rodillas. Vive en un hospital con gran austeridad y pidendo limosna. Sufre muchas tentaciones, escrúpulos y gran sequedad de espíritu. Pasa por la noche oscura de la purificación y hasta tiene tentaciones de suicidio. Todo lo vence con la ayuda del Señor que "le trataba de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole". Siente gran devoción a la Santísima Trinidad, que le duró siempre, "bebiendo como de un plenísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia el sagrado licor de las perfectas virtudes" (Ribadeneyra). Tiene visiones de la humanidad de Cristo y de Nuestra Señora. Recibe muchas iluminaciones de Dios, que crecían y se multiplicaban mientras las comunicaba a los demás.

Y así, en la santa cueva de Manresa, uno de los lugares más venerables de la cristandad, nacieron los Ejercicios Espirituales, "que Ignacio recibió del Señor" (P. Polanco), y que merecen figurar entre las obras máximas de la espiritualidad, como "código de la vida cristiana aún no superado desde hace cuatro siglos" (Grandnaison), "sapientísimo y universal código de normas para la dirección de las almas en los caminos de la Salvación y de la perfección" (Pío XI). El Cardenal Pla y Deniel comparaba la seguridad que ofrece el magisterio de Santo Tomás en la teología con la que prestaban los Ejercicios Espirtuales en los caminos de la ascética.

* * *

A primeros de 1523 sale de Manresa hacia Barcelona y se embarca hacia Jerusalén. Viendo que le quedaban cinco o seis monedas de las que le habían dado mendigando, "las dejó en un banco que halló allí junto a la playa".

Pasa por Roma, se embarca en Venecia y parte para Tierra Santa. Todo lo va resolviendo con la confianza en el Señor. Recibe grandes consolaciones en la visita a los Santos Lugares. Muestra particular interés en venerar la piedra del Monte Olivete, "de la cual subió Nuestro Señor a los cielos, y se ven aún ahora las pisadas impresas".

No le permiten quedarse en Tierra Santa, como era su deseo, y, por Chipre y Venecia, vuelve otra vez a Barcelona.

* * *

Empieza ahora una nueva y larga etapa de su vida. Mientras profundiza en la oración y en la penitencia, inicia la etapa de estudio y formación. En Barcelona pasa dos años. Y allí "comenzó a estudiar con harta diligencia para poder ayudar a las ánimas". Ignacio, a sus 33 años, se pone a estudiar gramática con los niños y pide ejemplarmente a su maestro "que le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y azote rigurosamente como a tal, cada y cuando que le viere flojo y descuidado o menos atento y diligente" (P. Ribadeneyra) ¡Buen ejemplo para las vocaciones tardías!

Una seria dificultad tenía al principio, lo contrario de lo que suele suceder. Mientras estudiaba, "le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y esto con tanta manera que no podía *decorar*" (aprender de memoria o a coro). Hasta tal punto que confesaba el Santo: "Ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la Misa, no me vienen estas inteligencias tan vivas". También Teresa de Lisieux cuenta que le sucedía lo mismo.

En 1526 marcha a estudiar Artes a Alcalá durante año y medio. Además "se ejercitaba en dar Ejercicios Espirituales y en declarar la Doctrina Cristiana y con esto se hacía fruto a gloria de Dios". El excesivo celo de los inquisidores de Toledo encarga al Vicario Figueroa que vigile la doctrina de Ignacio, y por meras sospechas le tienen 42 días en la cárcel. Sus amigos le visitan. Doña Teresa Enríquez de Cárdenas, "La Loca del Sacramento", se ofrece a sacarle de allí. Pero no aceptó nada, pues decía: "Aquél, por cuyo amor aquí entré, me sacará si fuere servido de ello". No fue ésta su única prisión y proceso, como escribe al Rey de Portugal más tarde: "Y en todos estos cinco procesos y dos prisiones, por gracia de Dios nunca quise tomar ni tomé otro solicitador ni procurador ni abogado sino a Dios, en quien toda mi esperanza presente y porvenir, mediante su divina gracia y favor, tengo puesta".

Declarado inocente, visita al arzobispo de Toledo, Fonseca, que le anima a ir a estudiar a Salamanca. Tiene algunas dificultades con los dominicos y otra vez ha de pasar algunos días en la cárcel. Tampoco ahora se defendió. Todo lo sufría con amor y alegría por el Señor. Le declaran inocente, pero le prohíben hablar hasta que tenga más estudios. Esto lo decide ir a París.

* * *

Parte para París a principios de 1528. Aquí pasará siete años, dedicado a los estudios humanísticos en el colegio de Monteagudo, a los filosóficos en Santa Bárbara, y a los teológicos en el convento de los dominicos de Santiago. Pasa apuros económicos, va caminando hasta Ruán por atender a un conocido en apuros, que por otra parte le debía mucho dinero. Da Ejercicios Espirituales, por lo que intentan otra vez procesarle. Gana para la milicia de Cristo

a Javier, repitiéndole insistentemente la frase evangélica: ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Con Javier se atrae a otros jóvenes, que serán su primera conquista para la futura Compañía: Fabro, Rodríguez y Laínez, Salmerón y Bobadilla. Suben los siete a Montmartre en 1534 y hacen votos privados de pobreza, castidad y de peregrinar a Jerusalén. Luego se les añaden Codure, Broët y Jayo.

Sufría entonces Ignacio muchos dolores de estómago, y le aconsejan ir a tomar los aires de su tierra natal. Sus compañeros le esperarían en Venecia. En su tierra explicaba la doctrina cristiana, corrige abusos y consigue mucho fruto. Introduce la costumbre de tocar tres veces al día las campanas de la iglesia, para que se rece el Avemaría. Vive en el hospital, no en casa de su hermano, a pesar de las insistencias de éste.

Como un pobre peregrino se dirige de nuevo hacia Italia. Pasa por el castillo de Javier para visitar a la familia de su amigo, por Almazán para saludar a la familia de Laínez, y por Toledo para ver a los padres de Salmerón, "que eran en Olías y Magén". Luego, en Valencia se embarca para Génova, con grandes peligros de tempestades y del pirata Barbarroja, y por Bolonia, y a través de muchos azares, llega a Venecia a reunirse con sus nueve compañeros.

En Venecia dedica dos años a completar sus estudios de Teología. Da Ejercicios Espirituales, por lo que mueven contra él nuevos procesos y persecuciones. No puede realizarse el viaje de los compañeros a Jerusalén, pues los venecianos habían roto con los turcos. Ignacio y sus compañeros son ordenados sacerdotes en Venecia en 1537. Se reparten por el territorio veneciano y lo recorren predicando, con mucha penitencia y mucho fruto espiritual.

"Había determinado, dice la Autobiografía, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir Misa, preparándose y rogando a Nuestra Señora le quisiere *poner con* su Hijo". Este largo plazo de espera aún se alargó medio año más, pues dijo su Primera Misa a los 18 meses de su ordenación, el 25 de diciembre de 1538, en Roma, como dice después en una carta escrita en febrero de 1539: "El día de Navidad pasada, en la iglesia de Nuestra Señora la Mayor, en la capilla donde está el pesebre donde el niño Jesús fue puesto, con la su ayuda y gracia, dije la mi Primera Misa". Su humildad, el deseo de una mayor preparación y quizá "la más recia contradicción o persecución que jamás hayamos pasado en esta vida", parece que fueron las causas de esta considerble demora. Este "ponerle con su Hijo", o unión íntima con Jesús, lo sintió Ignacio en una extraordinaria visión que tuvo en la capilla de la Storta, yendo de Venecia hacia Roma. Esta visión le confortaría luego de las muchas cruces que le esperaban en la Ciudad Eterna.

* * *

Llegados a Roma, escribirá después Ignacio, "yo me di todo a dar y comunicar Ejercicios Espirituales a otros, así fuera de Roma como dentro". Todo con muchas lágrimas y consolaciones. Pronto le llueven también las persecuciones. Como dice en nuestros días el P. Alfonso Torres: "La misma saña con que el mundo persigue a quienes le abandonan, ponen los mediocres en perseguir a los perfectos, o a los que se deciden a buscar la perfección".

Ignacio y los suyos atendían muchos catecismos y realizan una obra social importante con enfermos, pobres y abandonados, hasta llegar a decir algunos cardenales, según recoge el P. Simón Rodríguez: "Estos hombres realmente nos avergüenzan, porque, con ser tan pobres y no tener lo necesario para comer, están haciendo tan grande bien, y nosotros en cambio, con nadar en las riquezas, nada hacemos por los demás".

Según avanzaba en edad, iba creciendo más y más su intimidad con Dios. Cuenta el P. Laínez haberle oído decir que "siempre que se entregaba a la oración de cualquier manera que fuera, hallaba a Dios, sin tener que atarse a ninguna regla ni método". Y el P. Nadal corrobora: "Era perpetua en él la actuación de espíritu, hasta el punto de tener que buscarle algunas distracciones y entretenerle en otras cosas. En todo hallaba a Dios, hasta en los negocios y conversaciones".

* * *

El Papa Paulo III aprueba la Compañía en 1541. Ignacio es elegido el Prepósito General por unanimidad. Sólo acepta después de varios días de oración en San Pedro in Montorio, por indicación de su confesor. Hacen juntos la Profesión Solemne, entre transportes de alegría, en la Basílica de San Pablo.

Pronto se dispersan los compañeros por el mundo entero. A Ignacio le "asustan" las buenas noticias que le llegan. Tampoco faltan contradicciones. El P. Ribadeneyra narra por menudo las que encuentran en Zaragoza, de parte de los agustinos, del Vicario General y del mismo Arzobispo. Y la oposición que en Toledo les muestra el Cardenal Silíceo. Pero aparte de que "el Cardenal es viejo y la Compañía moza", su esperanza en Dios es mayor que todas las dificultades y no queda defraudada.

Ignacio, aparte de las obligaciones de su cargo, no cesaba de enseñar la doctrina cristiana. "Cuando él acababa su plática, dice Ribadeneyra, muchos se iban gimiendo, y echándose a los pies del confesor no podían decir sus pecados, porque estaban sus corazones tan atravesados de dolor y tan movidos, que de lágrimas y sollozos, apenas podían hablar. Y es que al predicar arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes, y los ablandaba y derretía con el divino amor la inflamación de todo su rostro".

* * *

Del "fajo bien grande de manuscritos" que cuenta el P. Cámara haberle mostrado San Ignacio, sólo nos quedan las breves páginas del *Diario Espiritual.* En él muestra Ignacio un aspecto nuevo y para muchos insospechado: el de un contemplativo y místico incomparable. Son páginas maravillosas, impresionantes, "en apariencia tan descarnadas, y sin embargo tan cargadas de divinos jugos, tan enjutas, y a la vez tan dulces, tan lejos de toda pretensión literaria o artística, y sin embargo tan poderosas, tan inmediatas y casi mágicas. No son las palabras las que aparecen aquí, sino el alma de Ignacio" (De Luca).

Son páginas de sublime contemplación que en nada ceden a las de los más altos místicos de la Iglesia. De la ascesis y esfuerzo personal de los Ejercicios Espirituales hemos pasado a un terreno estrictamente místico en todo el rigor de la palabra. Sorprendemos en estas páginas las señales indicadas por

Santa Teresa y San Juan de la Cruz como las más altas en los caminos de Oración. "Tuvimos ocasión, dice el P. Nadal, de contemplar esta gracia y luz de su alma en cierto como resplandor de su rostro y en cierta como claridad que brotaba de todas sus acciones. Y al verlo sentíamos, con no pequeño consuelo, grande admiración y pasmo, y a la vez como que se derivaba no sé qué de su gracia sobre nosotros".

Toda su vida interior se desarrolla en torno a la Eucaristía. "Para él la Santa Misa es el sol que aparece cada mañana sobre el horizonte de su alma, y en torno a ese sol gira todo el sistema maravilloso de su vida eucarística". Ya desde el momento de despertar dirigía toda su atención a la Misa, que luego mantenía en toda la jornada. Habla también de "continua asistencia de gracia mucho interna y suave, y llena de devoción calorosa y mucho dulce".

"Llama la atención la magnitud del don de lágrimas que el Señor le concedió. De manera persistente e impresionante se repite en su *Diario* la frase: "Antes de la Misa, en ella y después de ella, gran efusión de lágrimas intensísimas". A veces iban acompañadas "de suspiros u sollozos, perdiendo muchas veces la habla". Le afecta la emoción intensamente "hasta apretarme los pechos por el intenso amor que sentía". Otras veces le producen notable dolor: "Lágrimas y dolor de ojos por tantas, con temor de perder la vista", tanto que se veía imposibilitado de rezar el Oficio Divino y consiguen sus hijos una dispensa del Papa para él. En otras ocasiones las lágrimas corrían "reposadas y quietas", "hilo a hilo, según Ribadeneyra, con tanta suavidad y silencio, que no se le sentía ni sollozo ni gemido, ni movimiento alguno del cuerpo".

El P. Cámara afirma: "Cuando en la Misa no lloraba tres veces, teníase por desconsolado". Y el P. Laínez cuenta la confidencia del Santo "que comúnmente seis o siete veces al día lloraba". No necesitaba San Ignacio utilizar el formulario del antiguo Misal Romano "pro petitione lacrymarum". Misa para pedir el don de lágrimas. Con toda razón pues, el P. De Guibert, gran conocedor de la literatura mística, sostiene que "el don místico de lágrimas, yo no conozco por mi parte caso alguno de Santo ni de Santa en quien haya jugado un papel tan importante como en San Ignacio".

Indudablemente, el Diario Espiritual de San Ignacio, merecedor de mayor difusión y de atenta y devota lectura, es una de las mejores joyas de la literatura mística universal. Y si Manresa fue la iglesia primitiva de Ignacio, la escuela en la que aprendió sus primeras letras, Roma fue su universidad, como prueban las gracias del Diario.

* * *

En la casa solariega de Loyola, en la habitación convertida en capilla donde el bravo capitán perniquebrado cambió irreversiblemente el rumbo de su vida, hay una sugestiva inscripción sobre el altar: "Aquí se entregó a Dios Iñigo de Loyola". No se puede visitar este lugar y leer esta inscripción sin sentir un hondo deseo de convertir también la propia habitación en un altar donde se presenten a Dios ofrendas continuas, generosas y limpias.

También las habitaciones de Roma, junto a la iglesia de Santa María de la Strada, donde Ignacio pasó los últimos años de su vida y terminó de escribir el Diario, fueron transformadas en capillas. Estas cámaras fueron testigo de

las más heroicas virtudes, de los más vastos planes de conquista "a mayor gloria de Dios" —la consigna ignaciana— y de las más altas gracias místicas conocidas en la historia de la Iglesia. Tampoco este venerable lugar se puede visitar sin emoción.

Aquí consumó Ignacio su entrega a Dios el 31 de julio de 1556. "Murió a los 65 años de su vida y a los 35 de su conversión, el cual tiempo todo vivió en suma pobreza, en penitencia, cadenas, trabajos y fatigas grandes, lo cual todo sufrió con alegre y espantosa constancia, por amor de Jesucristo. No podía, de puro gozo, pensar sin lágrimas en su tránsito" (P. Ribadeneyra).

* * *

Espigamos unos cuantos, entre los muchos encomios pronunciados sobre San Ignacio. "El Señor se agradó en el alma de su siervo Ignacio" (P. Laínez). "Sus palabras se pegaban al corazón y imprimieron en él lo que querían" (P. Francisco de Borja). "Varón por cierto valeroso y soldado esforzado de Dios. El semblante de su rostro era alegremente grave y gravemente alegre, de manera que con su serenidad alegraba a los que le miraban y con su gravedad los componía" (P. Ribadeneyra). Javier le escribía de rodillas. El P. Cámara escribe al rey de Portugal que sólo con mirarle el rostro recibía "grandísimo provecho y se encendía y abrasaba en el amor de Dios". También Papas y Reyes tenían de él un gran concepto.

De San Ignacio dice Menéndez y Pelayo que "es la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro", y lo es sobre todo por su manera de entender la santidad, hecha de heroísmos y santas aventuras. Unamuno, que tanto gustaba del estilo del P. Ribadeneyra en la Vida de Ignacio de Loyola, se recrea en encontrar analogías entre Don Quijote y el verdadero Caballero Andante a lo divino, Iñigo López de Loyola, por ejemplo en la salida de su aldea del primero, y en la salida de su casa solariega del segundo, ambos en busca de, aunque diferentes, heroicas aventuras.

Habría que retroceder hasta Saulo de Tarso, convertido de perseguidor en apóstol por la aparición fulgurante de Cristo, para encontrar un caso parecido de transformación e iluminación. Pues, aunque su alma había sido ya fuertemente sacudida por la lectura de la Vida de Cristo y de los Santos, también para la conversión de Iñigo fue decisiva aquella otra aparición de Cristo de que nos habla su Autobiografía. Como dice el P. Leturia, ante este hecho y sus efectos transformadores en el alma del capitán desgarrado, se esfuman todos los demás. Y como Saulo se refugió en Arabia, también Ignacio se retiró a Manresa para madurar su entrega generosa a Dios, antes de lanzarse al mundo.

No acaban aquí sus parecidos con Saulo de Tarso. Cuando el Dr. Naveros, el más erudito escolástico en las aulas complutenses, visite a Ignacio en la cárcel de Alcalá, dirá: "Acabo de ver a Pablo en las cadenas". Por fin, Monseñor D'Hulst exclamaba con admiración: "Cuando veo yo entrar en esa cueva de Manresa a un soldado sin letras, y veo salir de ella al autor de los Ejercicios mi pensamiento va sin poder remediarlo, a un San Pablo, instruido directamente por el Señor".

EL DIVINO IMPACIENTE

"Mis contemporáneos —los hombres de este siglo científico y materialista que no pueden vivir sin medirlo todo, sin calcularlo todo, sin precisarlo todo— se han esforzado en comprobar exactamente, científicamente, la dirección de mi vida, de mis pensamientos, de mis opiniones y de mis actos. Como se establece para cada ciudadano. Para comprobar exactamente la dirección que sigue un ciudadano, emplean naturalmente la brújula. Desgraciadamente la aguja de la brújula no indica más que las direcciones de la tierra. Mis contemporáneos han comprobado, brújula en mano, muy científicamente, que no me dirijo ni a la derecha o al oeste, ni a la izquierda o al este, ni hacia adelante ni hacia atrás... ¿Por qué utilizan aparatos como la brújula que no señalan más que los puntos cardinales, y nunca el cielo?... Justamente es el cielo el punto de mi dirección. Estoy invitado al cielo" (Gheorghiu). Francisco Javier conocía como nadie los puntos cardinales y había atravesado todos los meridianos. Pero un imán más alto arrastraba su corazón. Su meta era el cielo.

* * *

La vida estudiantil del Colegio de Santa Bárbara, junto a la Universidad de París, discurría, movida y azarosa, por entre los severos cauces que le marcaba una austera disciplina. Pero dentro de estas exigencias, había también lugar para banquetes ruidosos, rondas con guitarras, juergas, aventuras y escapadas nocturnas.

Francisco Javier era uno de los estudiantes más alegres y con más iniciativa. Había abandonado las armas paternas por las letras. El porvenir le sonreía. Tenía los triunfos a su alcance. A los veinticinco años era ya un maestro en teología, y empieza a ejercer la enseñanza. Un estudiante entrado en años, a quien los colegiales llaman "el peregrino", intenta entrar en su intimidad. Es Ignacio de Loyola. Javier recela, pero le subyuga su autoridad.

Ignacio descubre el afán de gloria humana de Javier, y de momento intenta favorecerla, reclutándole alumnos. Pero todo tenía su razón de ser. El estratega Ignacio iba colocando sus sabuesos para el momento oportuno. "Es una de las masas más duras que el fundador ha tenido en sus manos", cuenta el P. Polanco.

Cuando Javier parece más satisfecho de sí mismo, Ignacio le espeta bruscamente al oído: ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? No le será fácil al de Loyola doblegar las altivas almenas de

Javier. Pero ante esta frase evangélica, machaconamente repetida, Javier acabará por rendirse sin condiciones. Es el *momento cumbre* de la vida de Javier. El *kilómetro cero*. De aquí, con nueva brújula, partirán las rutas que le llevarán al mundo entero.

* * *

Francisco nació en el castillo de Javier en 1506. Sus padres eran Juan de Jesús y María de Azpilicueta. El año 1506, escribe el P. Cué, se registró en España una sorprende conjunción de soles. Un sol que moría y otro sol que se levantaba. El 27 de mayo moría Colón en Occidente después de haber alumbrado un Nuevo Mundo. El 7 de abril nacía Javier, nuevo sol hispano, también en Occidente, para alumbrar en una ruta inversa (occidente-oriente) un nuevo mundo de las almas. Y así España, con las carabelas de Colón y las sandalias peregrinas de Javier, inundaba con destellos solares los dos hemisferios del planeta.

Desde 1525 estudia Javier en París, donde en 1530 obtiene el grado de maestro, con su amigo Pedro Fabro. En 1533 entra en contacto con Ignacio de Loyola y experimenta pronto una profunda transformación...

El 15 de agosto de 1534 señala para Javier el ápice de una crisis interna y sustancial, y el comienzo de una nueva época: él, con Ignacio y con Fabro, Rodríguez, Laínez, Salmerón y Bobadilla, en Montmartre, París, hacen votos de pobreza, de castidad y de ir peregrinando a Tierra Santa. Luego se les añaden Codure, Broët y Jayo. A principios de 1537 marchan los diez a Venecia y son ordenados sacerdotes. El turco declara la guerra a Venecia y no pueden ir a Tierra Santa.

En 1538 van a Roma para presentarse al Papa y pedirle licencia para fundar la Compañía. En 1540 empieza la dispersión. El rey de Portugal pide a Ignacio dos misioneros para la India. Ignacio señala a Rodríguez y a Bobadilla. Javier, que se había ilusionado con ser uno de los dos escogidos, queda decepcionado. Así le hace hablar Pemán en *El divino Impaciente*, ante una imagen de la Virgen:

Señora, ten compasión
de este pobre ufano y loco,
que hace por tu amor tan poco
siendo tanta su ambición.
Yo, el que, en imaginación,

ya me veía llegar
a las Indias a sembrar
la nueva y santa semilla...
¡me he quedado para echar
aceite en tu lamparilla!

Pero entonces el P. Bobadilla enferma y es sustituido por Javier.

En pocas horas realiza los preparativos. Va "ligero de equipaje": una sotana, un crucifijo, un breviario y un catecismo. Marcha con el embajador de Portugal. Desde Roncesvalles envía el último adiós a su castillo, pero urge el tiempo

y no puede ir a abrazar a los suyos. Ya nunca les verá. Mientras en Lisboa hacen los preparativos de la embarcación, Javier se entrega plenamente a sus ministerios apostólicos. No hay tiempo que perder. Una dama intentaba retenerle. Pero Javier no cede.

"Soy más amigo del viento,
señora, que de la brisa...
¡y hay que hacer el bien de prisa,
que el mal no pierde un momento!"

* * *

Desde ahora las fechas se precipitan en alocada carrera. En 1541 sale para la India con los misioneros en un viaje que durará trece meses de navegación. Va como vicario apostólico de la India. El P. Rodríguez ha quedado en Lisboa. Invernan en Mozambique, donde quedan también los dos misioneros que habían partido con él. En febrero de 1542 emprende viaje con el Gobernador de la India y en mayo llegan a Goa. Durante el viaje no ha cesado de evangelizar a la tripulación y a los viajeros, mientras su corazón se encendía soñando en la ya cercana misión:

"¡Qué momento de emoción
al llegar allá, el momento
de gritarles: Escuchad...,
y romper con nuestro acento
la virginidad de un viento
que nunca oyó la Verdad!"

En 1543, después de varios meses de intensa evangelización en Goa, misiona en la Pesquería y Sur de la India, en medio de continuos peligros y sobresaltos, acosado por un clima inhóspito y por gentes hostiles, pero "lleno de consolaciones espirituales, dice Javier, hasta perder los ojos a fuerza de derramar lágrimas de alegría". En los años 1544-1548 siembra con sus catequesis ininterrumpidas un rosario interminable de islas, regiones y ciudades: Malaca, Macassar, Socotora, Célebes, Molucas, Singapur, la Isla del Moro y el reino de Travancore.

Traduce al malabar y a otras lenguas indígenas los artículos de la fe y algunas oraciones. Con este bagaje lingüístico continúa sus conquistas. Hubo semanas en que bautizó más de diez mil personas, hasta tal extremo que el brazo se le cansaba y se lo había de sostener algún catequista para poder seguir bautizando. "Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces traducir el Credo y mandamientos en su lengua de ellos, y las otras oraciones, con una amonestación que sé en su lengua... Hay día que bautizo todo un lugar, y en esta costa donde ando, hay 30 lugares de cristianos". "¡La mano de Javier!, exclama el P. Plus. Mano que sembró prodigios, bendiciones, beneficios, que escribió cartas inflamadas, bautizó un millón de idólatras, que, obrando en virtud divina, con un signo de la cruz calmó tempestades, sanó enfermos, resucitó muertos".

Llegan de Europa refuerzos misioneros. Siempre incansable, organiza viajes, emprende correrías apostólicas, para conseguir nuevas conversiones y para confirmar a los convertidos. En una de estas expediciones se encuentra con un japonés, Yaguiro, Javier le instruye y bautiza. El horizonte de sus anhelos se amplía, y ya no descansa hasta ir a Japón.

* * *

En 1549, con Yaguiro y tres jesuitas llega al Japón. Desea entrevistarse con el mismo emperador. Pronuncia en japonés los discursos aprendidos de memoria. Su odisea a través del Imperio del Sol Naciente es de lo más emocionante que recuerda el heroísmo cristiano. Funda las iglesias de Kagoshima, Hirado y Yamaguchi. Permanece allí más de dos años, pero los frutos no eran tan copiosos como cabía esperar. Javier descubre que, para un japonés, China era la maestra de la verdad. De nuevo siente renacer las esperanzas en su corazón y decide intentar la subyugadora experiencia apostólica de China. "Mientras exista un confín de tierra sin adorar al que nos vino a salvar, la tierra no tiene fin".

En 1551 escribe a Ignacio sobre sus planes de ir a misionar en China aquel mismo año. Vuelve a Goa para preparar el viaje. En 1552, con cuatro jesuitas, un chino y tres japoneses, sale de Goa hacia China.

En Malaca, donde atracan, les pone grandes obstáculos Alvaro de Ataide. Es un caso más de los múltiples sufrimientos que ocasionaron a Javier los colonizadores. Ante estas dificultades, intenta penetrar en China por otro camino, a pesar de estar prohibida la entrada a los europeos, bajo pena de muerte.

En agosto llegan a la isla de Sanchón, desde donde Javier intenta llegar ocultamente a Cantón, valiéndose de la ayuda prometida por un chino. Desde la isla sigue escribiendo cartas para dar soluciones a los muchos problemas de la naciente Provincia religiosa. Tiene al tanto de todos sus afanes y logros apostólicos al P. Ignacio y a todos sus amigos de Europa.

Javier espera que algún navío le trasladará hasta Cantón, pero las embarcaciones pasan sin hacer caso de sus ruegos. Por fin, agotado de tantos trabajos y por el celo apostólico que le consumía —"volcán de amor, divino impaciente"—, mientras miraba con ardiente anhelo hacia el inmenso continente del Celeste Imperio, el 3 de diciembre de 1552, Dios lo llamaba de la remota y solitaria isla, "entre estas dos soledades/ del mar y el cielo infinitos", al decanso eterno. Tenía 46 años de edad. Estaba acompañado en aquel momento de un solo portugués, el Hermano Pablo. Moría contemplando el inmenso continente sin poder entrar en él, como Moisés a la vista de la tierra prometida.

Cuenta la tradición que mientras Javier moría en Sanchón, el Cristo familiar de su Castillo natal sudaba sangre... y sonreía, sonreía, "porque la muerte de Francisco, en una isla solitaria, sin milagros ni amigos, se parecía a la Suya en la isla solitaria del Calvario".

* * *

Javier era ardiente y alegre como buen navarro, según se desprende de sus escritos. Tenía un carácter enérgico y delicado a la vez. Era hombre culto, como

universitario de la Sorbona. Fiel discípulo de Ignacio, confiesa en carta a su hermano que a él le debe la salvación de su alma. Nunca olvidará la frase evangélica de su conversión: "¿Qué aprovecha al hombre?..." Luego la propone él como meditación a Juan III y a sus compañeros. Los Ejercicios ignacianos le influyeron poderosamente. Escribe a Ignacio de rodillas. Lee sus cartas con lágrimas y con lágrimas las contesta. Escribe también con frecuencia a sus antiguos compañeros, a los que ya no verá en esta vida.

Despliega gran actividad como superior provincial, fundador de misiones y nuncio. Cuando empieza su misión en 1542 era el único jesuita en la India. Cuando en 1552 leva anclas la nave para dirigirse a China, eran ya 60 jesuitas en Oriente, fruto de su celo y sus insistencias.

Las circunstancias especiales y las grandes distancias le hacen ser bastante severo al exigir obediencia y al alejar de la Compañía a los que no cumplían bien. En esto fue intransigente: "Javier conoció la Compañía en el ideal de Ignacio y en el fervor de los primeros compañeros, y nada tiene de extraño que la quisiera incontaminada". Con los débiles y obedientes era paternal.

Como organizador de misiones aprovecha las facilidades que le da el rey de Portugal y pide obediencia para las autoridades eclesiásticas. Pide selección en los misioneros que le envían, distintos según el lugar para el que sean designados, y según fueran para portugueses colonizadores, o indígenas.

En su labor misionera, se cuidaba mucho de los niños. "Cuando llegaba en los lugares, no me dejaban los muchachos ni rezar mi oficio, ni comer, ni dormir, sino que los enseñase algunas oraciones. Entonces comencé a conocer por qué de los tales es el reino de los cielos. Y bautizaba una gran multitud de infantes". Para ellos funda colegios, como el famoso de San Pablo de Goa. Consagra sus principales energías para la catequesis, y para ello da las normas oportunas. Máxima suya era amar y hacerse amar.

Su celo misionero llegaba a todas partes. No había fronteras para él. ¿Podría haberse contentado Javier con consolidar las misiones de la India y las Molucas? Pero él había recibido del Papa el encargo de la propagación del Evangelio por todo el Oriente, como nuncio suyo. Además, en la India ya estaban establecidas las Misiones. Por otra parte ve cualidades humanas muy sobresalientes entre los japoneses que aconsejan aprovechar la ocasión. "Primeramente la gente que hasta agora tenemos conversado, es la mejor que hasta agora está descubierta, y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japoneses". Confiaba que la conversión del Japón influiría en todas aquellas tierras.

Esta misma idea influye en su anhelo de llegar hasta China: "Creo, escribe a sus compañeros de Europa, que este año de 52 iré allá donde está el rey de la China, porque es tierra donde se puede mucho acrecentar la ley de Nuestro Señor Jesucristo, y si ahí la recibieren, sería grande ayuda para que en Japón desconfiaran de las sectas en que creen".

Atribuía a la fe de otros los prodigios que el Señor obraba por sus manos, y se consideraba un pobre instrumento en las manos de Dios. Al reconocer su propia nada, crece en él con más fuerza una ilimitada confianza en el Señor, que le hace despreciar la muerte y al demonio, y lanzarse con mayor ardor a trabajar por las almas. Todo lo intentaba con tal de conseguir sus fines.

"Cristo vivió en un establo,
y yo por El bebo y hablo
y hasta juego al ajedrez...
¡que, jugando, alguna vez
le gané un alma al diablo!

Todo es por Cristo oportuno,
y si yo creyera un día
que bailando yo, podía
salvar el alma de alguno...,
¡yo os juro que bailaría!".

Vive ansiando la cruz, para imitar más y más al Salvador clavado en ella. Exulta de gozo en las privaciones y no conoce mayor contento que vivir solamente por amor de Dios y de las almas. Ante los peligros de muerte que le acechan, no puede contener el consuelo que invoca su alma, hasta prorrumpir en llanto de alegría...

"¡No me des tanto consuelo,
que me quitas este anhelo
con que la muerte convida!...
si haces de la vida cielo,
vas a apegarme a la vida...
¡Señor, un poco de espinas!
¡Basta ya por hoy de rosas!"

* * *

Los escritos de Javier despertaban gran entusiasmo en Occidente. Las copias se multiplicaban, se leían con avidez y era muy grande el provecho espiritual que proporcionaban, sobre todo por las muchas conversiones de paganos que referían. Se publicaron diversas colecciones, cada vez más enriquecidas, y se tradujeron a varios idiomas.

Muchos, como el célebre Padre Nadal, entraron en la Compañía, movidos por los escritos de Javier, y otros pidieron ser enviados a Misiones. San Felipe Neri y San Vicente de Paúl hacían leer las cartas de Javier a los suyos y se las recomendaban como norte y guía a sus misioneros. Y esta misma conducta ha seguido Propaganda Fide y la Sociedad de Misiones Extranjeras de París.

Son numerosos los juicios emitidos sobre el provecho producido en las almas por la lectura de las cartas de Javier. Según Hevenesi, no se pueden mirar sin fruto ni leer sin provecho. Menchaca afirma que despiden fuego. Zaleski las recomienda a los sacerdotes que trabajan en la India, Araoz escribe sobre Javier que no menos fruto ha hecho en España y Portugal con su letra, que en las Indias con su doctrina. Taisne le aplica las palabras de San Juan Crisóstomo sobre las cartas de San Pablo: "Mientras escucho asiduamente la lectura de las cartas de Pablo, exulto de gozo con aquella trompeta espiritual y me animo e inflamo en deseos, reconociendo aquella voz amiga, y casi me parece verlo presente y oírlo hablar, pero al mismo tiempo me duelo y apeno porque no todos conocen a tal varón como se merece".

Con razón fue nombrado por el Papa Patrono Universal de las Misiones. Es el más grande apóstol de los tiempos modernos.

* * *

El año 1952 asistimos en Roma a un magno acontecimiento. El sepulcro de Javier se conserva en Goa. Pero la insigne reliquia del brazo —el brazo que tanto se cansó de bautizar— se venera en la iglesia del Gesú de Roma. Y un grupo de españoles, con ocasión del cuarto centenario de la muerte de Javier, fletaron un avión para pasear devotamente el brazo del Santo y recorrer los mismos lugares que Javier había evangelizado. Salieron de Roma, pararon en España y, pasando por Norteamérica, visitaron los lugares javerianos de Japón y la India, para volver otra vez a Roma, a través de Karachi y Estambul. Luis Ortiz Muñoz, fino periodista, reunió sus crónicas en un hermoso libro que recoge todas las peripecias del viaje y los lugares recorridos: *Un periodista da la vuelta al mundo.*

La luz y el fuego da Javier siguen iluminado, y encendiendo muchos corazones. Mientras tanto, sigue lanzando su grito angustioso de entonces: "Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces se mueven pensamientos de ir a los Estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas, cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos".

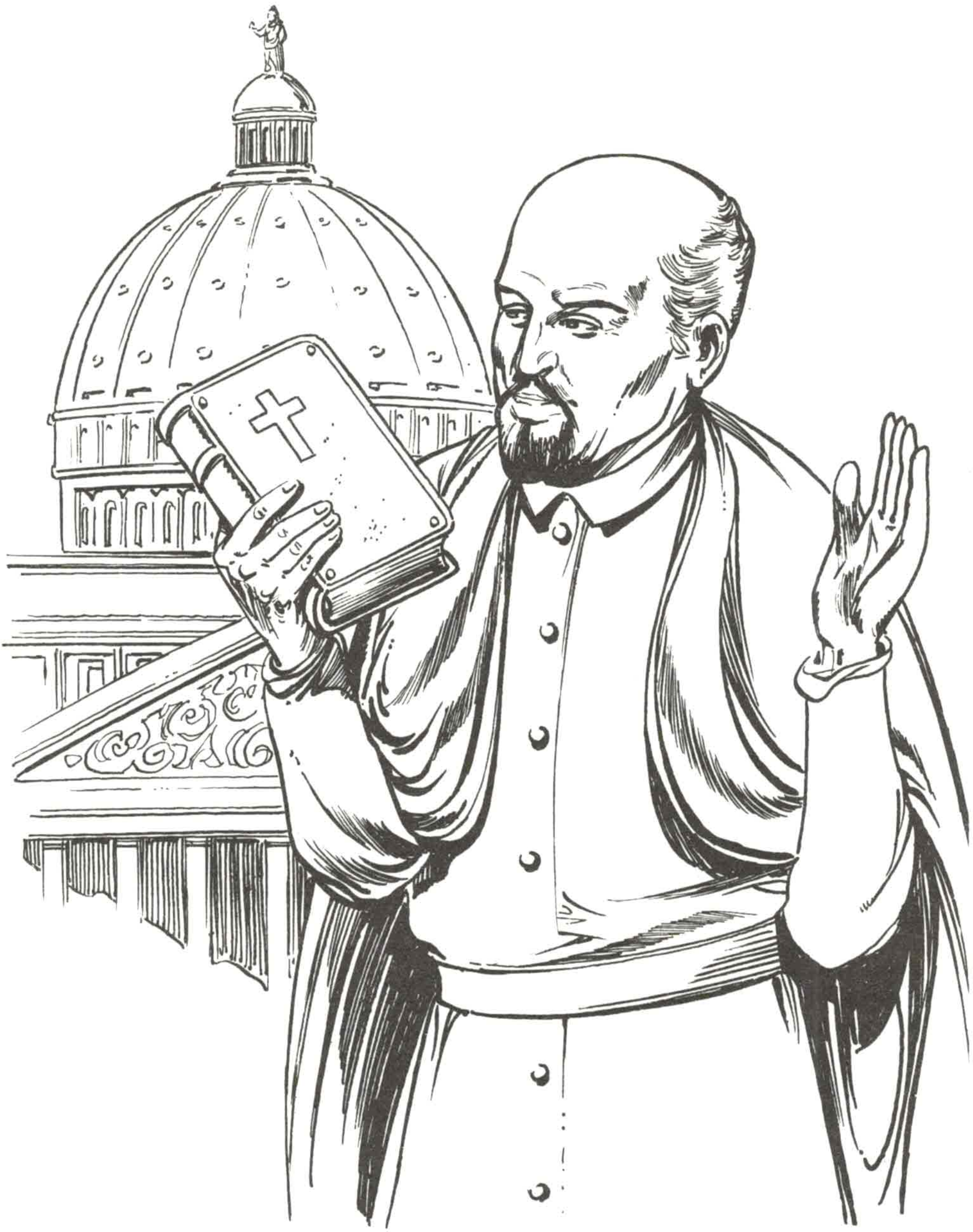
EL SANTO DUQUE

"Los sueños no tienen vitaminas. Los sueños no tienen materias grasas. Los sueños no tienen ninguna sustancia nutritiva. Y sin embargo ningún hombre puede vivir sin sueños. Los hombres que no sueñan lo suficiente, están tristes como si careciesen de la alimentación necesaria. Laforest tenía ahora un sueño, un gran sueño, un sueño inagotable, con el que podía alimentarse copiosamente, mientars corría en el coche por las carreteras de montaña, mientras estaba solo en su habitación, mientras se afeitaba. No sentía necesidad de leer. Sabía que formaba parte de un equipo que salvaría a Occidente de la destrucción" (Gheorghiu). Francisco de Borja nadaba en las riquezas. Pero un día se dio cuenta que no hacía pie. Que se hundía. Que no saciaban su corazón. Que tampoco él podía vivir sin sueños. Y empezó a abrigar un sueño inagotable.

El *punto sin retorno* en la vida de San Francisco de Borja empieza el 1 de mayo de 1539. Ese día moría en Toledo, en el palacio del conde de Fuensalida la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V y madre de Felipe II. Se encontraban de rodillas con el emperador, junto al cadáver, Francisco de Borja, caballerizo mayor de Carlos V, y su esposa Leonor, camarera mayor de la emperatriz. Carlos había convocado Cortes en Toledo, y por estar todavía en construcción el alcázar, se hospedaron en este palacio.

La impresión que esta muerte causó en el corazón de Borja fue profundísima. En su *Diario* recuerda todos los años el 1 de mayo: "Por la emperatriz que murió tal día como hoy. Por lo que el Señor obró en ella y en mí por su muerte. Por los beneficios de este día. Por los 27 años que se cumplen de mi *conversión*".

La conmoción fue creciendo en el traslado del cadáver hasta Granada, en los nueve días de funerales, en el sermón exequial de San Juan de Avila... Tomás, hermanastro de Borja, afirma haber oído que a Francisco le impresionó la ceremonia en la que él y los demás acompañantes del cadáver de la emperatriz, antes de depositarlo el 18 de mayo junto a los féretros de los Reyes Católicos en la capilla real de la catedral de Granada, hubieron de jurar que aquel cuerpo era el de la más hermosa de las reinas. Entonces es cuando, según cuentan los antiguos biógrafos del Santo, al ver Francisco descompuesto el rostro de la emperatriz, que había causado admiración en el mundo por su belleza sin par, exclamó: "Nunca más, nunca más servir a señor que se me pueda morir". Cuadran aquí muy bien los versos que, referidos a las flores, escribió Calderón sobre la caducidad de la vida humana:



Estas que fueron pompa y alegría,
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana:
¡Tanto se emprende en término de un día!

El P. Nieremberg insiste: "Dióle Dios con esta vista un vuelco tan extraño a su corazón que le trocó como de muerte a vida e hizo en él mayor y más maravillosa mudanza que la misma muerte había hecho en la emperatriz". El P. Polanco confirma que "al volver Borja de Granada, en litera, se sintió tan iluminado por la gracia que se puso a pensar seriamente sobre la reforma de su vida. Con gran valentía comenzó a darse a la oración, a la mortificación y a la lectura".

No abandonó entonces Borja el ser servicio del emperador, quien pronto le nombraría Virrey de Cataluña. Pero nunca se cerraría ya la brecha abierta en su corazón el 1 y 18 de mayo de 1539.

• • •

Francisco de Borja y Aragón, nace en Gandía, en el palacio llamado luego del "Santo Duque", en 1510. Sus padres fueron Juan de Borja, III Duque de Gandía, y Juana de Aragón. Era bisnieto de Alejandro VI, el Papa Borja, y de Fernando el Católico, en ambos casos por uniones ilegítimas. Entre sus ascendientes figuran además el papa Calixto III —que tan pródigamente, al igual que Alejandro VI, ejerció el nepotismo con su familia— los discutidos César y Lucrecia Borja, Carlos V, y Alfonso de Aragón, hijo ilegítimo de Fernando el Católico, que fue nombrado arzobispo de Zaragoza a los seis años, ordenado sacerdote a los 32, y de quien se dice que no celebró más Misa que la de su ordenación. Por su unión ilegítima con Ana Gurrea, el Arzobispo Alfonso de Aragón es abuelo materno de Francisco de Borja. También estuvo emparentado Francisco, por su abuela paterna, María Enríquez, con Doña Teresa Enríquez, "la Loca del Sacramento", y con San Juan de Ribera.

Ante este mosaico tan curioso de su ascendencia, se explica que Saint-Paulien titule así su biografía del Santo: "Saint François de Borgia, *l'Expiateur*". En cambio sus primeros biógrafos —Ribadeneyra, Nieremberg, Cienfuegos— hacen alusión sobre todo a la nobleza de su sangre, muy a tono con el gusto de la época. Parece ser que de ambos aspectos, las uniones bastardas y la nobleza, hizo caso omiso San Francisco. Simplemente, fue fiel, llegado el momento, a la gracia de Dios. Y de esta manera enalteció más que nadie su apellido, con la gloria más alta, la de su santidad.

Sus padres eran muy virtuosos y caritativos. El ambiente del palacio ducal era de verdadera piedad. Mucho influía en este clima el cercano convento de Clarisas, donde habían ingresado una tía y la abuela paterna de Francisco, a las que luego se añadirán tres de las cuatro hermanas del Santo.

Muerta muy joven su madre, y según pedía en su testamento, Francisco es enviado a Zaragoza para ser educado por su abuelo, el arzobispo don Alfonso de Aragón. Va con su hermana María Luisa, que luego se casaría con el duque de Villahermosa. En el palacio de Pedrola (Zaragoza) —donde *El Quijote* sitúa la Insula Bavataria— vivían los duques. Allí la duquesa "emuló el heroísmo moral de las cinco clarisas de su familia y sobre todo del querido hermano Francisco". San Ignacio tributó público testimonio de la virtud de la duquesa María Luisa, que murió en Zaragoza en olor de Santidad. Su biografía fue escrita con el título de *La Santa Duquesa.*

Pasó Francicso algún tiempo como paje en la corte de Tordesillas y continuó su educación en Zaragoza. En medio de los peligros de un ambiente poco exigente, en el palacio del Arzobispo —Virrey de Aragón, llevaba una vida de intensa piedad. Apreció a los aragoneses. "Los aragoneses, escribió Borja a San Ignacio, aunque son difíciles al principio, son después harto constantes". Y a sus ruegos se fundó pronto un colegio de la Compañía de Jesús en Zaragoza.

* * *

En 1528 entra al servicio de la corte del emperador Carlos V y de la emperatriz Isabel, en Valladolid. Isabel se había traído de Portugal una dama de honor, Leonor de Castro y Meneses, que, según el P. Ribadeneyra, era "muy devota, modesta, apacible, compasiva y amiga de hacer bien a todos". En 1529, a los 19 años, se casó Francisco con Leonor en Valladolid. Carlos V le nombró Marqués de Llombay y le designó como su caballerizo mayor, y a Leonor como camarera mayor de Isabel, cargos que les daban acceso libre y directo a Sus Majestades y les acompañaba en sus viajes. La vida de Borja en la corte fue siempre ejemplar, a pesar del peligro que encierra siempre el ambiente cortesano. "Pero el Borja de la corte de Carlos V no se pareció jamás a los Borjas de las Cortes de Italia".

Desde la corte imperial vivió Borja todos los acontecimientos de la época: la reforma protestante y el cisma anglicano, las guerras con Francia y la lucha contra turcos y africanos, la evangelización de América y los problemas patrios. Buena palestra para el político y para el futuro General de la Compañía de Jesús.

Intervino en la batalla de Provenza, donde cayó su buen amigo el poeta toledano Garcilaso de la Vega, a quien ayudó a bien morir. Acudió a las Cortes de Toledo y Monzón. Ocho hijos les nacieron al matrimonio Borja-Castro de 1529 a 1539...

* * *

Muerta la emperatriz Isabel, con las consecuencias en el alma de Borja que se han descrito, Carlos nombró en 1539 a Francisco Virrey de Cataluña, Rosellón y Cerdeña, cargo muy importante para desempeñarlo a los 29 años de edad, lo que indica el alto concepto que de él tenía el emperador. En la catedral de Tortosa juró los fueros de Cataluña, se dirigió a Barcelona y se entregó a su tarea.

"Durante los cuatro años de su virreinato administró justicia con gran rectitud", afirma un testigo en el proceso de beatificación. Lucha contra el bandolerismo y bandas de arcabuceros, que pululaban por doquier. Defiende a Barcelona de los piratas y traba relaciones amistosas con el Consejo de Ciento y con la Generalidad de Cataluña. Se interesa por la reforma eclesiástica, pues si "ésta, dice Borja, estuviese cual debe, no habría turco ni cosa en el mundo que pueda contra nosotros". El, por su parte, tenía como norma de vida la justicia y la lealtad. Hacía cumplir el deber y lo cumplía.

Apenas fundada la Compañía, pasan por Barcelona los P. P. Araoz y Fabro. Fabro trata a Borja y a Leonor. Bien impresionado, escribe a San Ignacio. Mucho aprendió Borja en el virreinato de Cataluña: "Aprendí a decidir, a conjugar aspiraciones opuestas, a considerar los dos aspectos de una cuestión, y que hace poco al caso el bien ordenar si mal es ejecutado lo que se ordena, y que no siempre la mayoría de votos se pone de parte de la justicia". Ya desde ahora "era hombre de mucha oración y devoción", declara un testigo en el proceso de canonización.

* * *

Muerto su padre, III duque de Gandía en 1513, Borja deja el virreinato y marcha a Gandía, como IV duque de la ciudad. Carlos V le nombra a la vez mayordomo mayor del Príncipe Felipe, y a Leonor camarera mayor de la princesa María de Portugal, primera esposa de Felipe. No llegan a ser efectivos estos cargos, por la temprana muerte de la princesa.

Para Francisco el título de nobleza no significaba inhibición alguna en el problema social. Al contrario, introdujo industrias de azúcar y de seda, y se preocupó por la promoción social de sus empleados. No iba para él el chiste gráfico que recogía un revista de humor: Yo, decía un duque, soy muy democrático, y por eso creo que todos los duques tenemos los mismos derechos y los mismos deberes. También se interesó por el problema de los moriscos, y fundó colegios para la educación de los hijos de estos árabes convertidos a la fuerza para poder quedarse en España.

Era muy sensible a los problemas de la Iglesia en Europa. Se preocupaba por la evangelización de América, por los trabajos de Javier en la India. "Era un alma, padre mío, en que Dios se muestra maravilloso", escribía Araoz a San Ignacio. Ponía un gran empeño en fomentar el culto divino en la Iglesia de Gandía. Era aficionado a la música, y compuso misas y motetes. que regaló a iglesias y conventos. "Sin duda alguna, dice Baixauli, contribuyó mucho al desarrollo y adelanto de la música española".

La salud de Leonor se debilitaba por momentos. En el palacio ducal se conserva un crucifijo, al que Borja pidió por la salud de su querida esposa. Se dice que el Santo Cristo habló a Borja y que Borja exclamó: "Hágase, Señor, tu voluntad". Leonor, santamente preparada como había vivido, murió en 1546 y fue enterrada en la colegiata. Su testamento es un ejemplo de piedad y caridad. Borja lo comunica al Papa Paulo III y a San Ignacio. Los anhelos de Borja, de una entrega total a Dios, al morir la emperatriz Isabel, los sentirá todavía más ahora, al morir su esposa.

* * *

En el palacio ducal hay una capilla, "la santa capilla', en forma de ataúd, donde Francisco, muerta su esposa, se recluía para llorar y pedir al Señor luz en su nueva situación. Cuando su madre murió, dejando siete hijos, su padre contrajo nuevas nupcias. ¿Qué hará ahora Francisco viudo a los 36 años, con ocho hijos? Ha oído hablar de un método de elección de vida, los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. En ellos entra Borja con la mejor disposición.

Profundiza en los sentimientos de confusión y penitencia: "Conocerse, confundirse, pero confiar mucho en Jesucristo. He pedido ser herido con el cuchillo de dolor por mis ofensas". Se disciplinaba sin piedad hasta derramar sangre. Tanto que Ignacio desde Roma tiene que moderarle: "Soy de parecer de renunciar a cuanto pueda sacar una gota de sangre. Es mejor buscar al Señor y sus santos dones y derramar lágrimas pensando en sus pecados, en la Pasión del Señor y en la Santa Trinidad".

Purificado su espíritu y encendido en el amor a Cristo, se dispone a hacer "sana y buena elección". ¿Qué sería de sus hijos? ¿Cómo renunciar a una posición tan elevada? Borja pide la luz de lo alto, consulta y decide entregarse sin reservas a Jesucristo: "Francisco para siempre del Señor". El día de la Asunción de 1546, Francisco de Borja y de Aragón, hizo voto de ingresar en la Compañía de Jesús, una vez arreglados los asuntos familiares y sociales. El espíritu que había en Araoz y Fabro, y que había captado en los Ejercicios, le había decidido a entrar en la Compañía.

Es la decisión más grande de su vida. El chispazo que le conmocionó al morir la emperatriz Isabel, se ha convertido ahora en un huracán que ha enfilado por nuevas rutas la proa de su vida. Tomada esta trascendental decisión, una gran alegría interior había inundado su alma: "Así como abundó en renglones, escribía a Ignacio, así abundó en gracias y consolaciones". Ignacio le contesta emocionado, por lo que su decisión suponía para la Compañía y para el alma de Francisco.

El duque-jesuita siguió de momento con sus obligaciones sociales y familiares, a las que añadía su preparación académica para el sacerdocio. Empieza a buscar solución para el porvenir de sus hijos. Lo resolvió con éxito. "Pudiera ser por ello especial intecesor de los padres que buscan colocación para sus hijos".

En 1546 se funda en Gandía el primer colegio de la Compañía —luego Universidad— por insinuación de Borja, quien seguramente influyó en la orientación docente de la nueva Orden. El mismo Borja se convirtió en universitario y obtuvo allí el grado de doctor en 1550. "Borja, se cuenta, convertía las tesis escolásticas en letanías de oración. La Universidad de Gandía tuvo un rápido florecimiento e ilustres visitantes, como Santo Tomás de Villanueva.

En 1548 hace la Profesión Solemne. En 1550, arreglados los asuntos de sus hijos y de sus estados, y después de despedirse de San Juan de Ribera y de San Pedro de Alcántara, renuncia a sus títulos, se despide para siempre de Gandía y marcha a Roma.

* * *

De camino hacia Roma, se detiene en Parma donde vivía su prima la duquesa Margarita de Austria, hija natural de Carlos V, y en Ferrara, cuyo duque,

Hércules II, era hijo de Lucrecia Borja, tía-abuela de Francisco. Ante ellos gestiona, por indicación de Ignacio, la creación de nuevos colegios. En Roma, el esperado y emocionante encuentro con Ignacio. Visitas al papa, nobles y cardenales. La forma de santidad de Francisco llamó la atención en aquella ciudad donde tanto se exageraron las ignominias de su apellido. Deja una suma importante para fundar el Colegio Romano, luego Universidad Gregoriana, de influencia tan fecunda en la Iglesia.

Parte para España y fija su residencia en Oñate. Cambia los arreos de duque por los de un humilde jesuita. Se ordena sacerdote en 1551 y celebra su Primera Misa en la casa de Loyola. El celebrante estrenó la casulla, que se conserva aún en Loyola, bordada por manos de la "Santa duquesa", hermana del ex-duque neosacerdote. Le ayudó a Misa su hijo Juan, que un año más tarde, en este mismo sitio, y celebrando también el P. Francisco, contraería matrimonio con Lorenza Loyola.

Pasaba muchas horas de contemplación en una ermita cerca de Oñate y luego se extendía en correrías apostólicas por toda la comarca, hasta llamarle "Apóstol de las Vascongadas". Más tarle recorre predicando toda la península. Predicaba sobre todo del amor de Dios y de la Eucaristía. Al pasar por Avila visitó a Santa Teresa. "Como quien iba delante, dice la Santa, dio la medicina y el consejo: que hace mucho en esto la experiencia". Su virtud y ejemplo era sobre todo lo que conmovía, "su caridad, su afabilidad grande, que no sabe decir a nadie, no". Dirigía muchos Ejercicios Espirituales, y él mismo influyó ante Paulo III en la aprobación de los mismos; Paulo III, que había recibido el cardenalato del Papa Borja, Alejandro VI y quiso hacer cardenal al P. Francisco, pero éste renunció.

San Ignacio que sentía gran amor y admiración hacia Borja, "aquel gran señor español, de muy gran doctrina y prudencia y mayor bondad", le nombra comisario o representante suyo en las provincias de España y Portugal y en las Indias de ambas naciones. Mayor admiración si cabe abrigaba Borja hacia San Ignacio, y se siente muy afectado por su muerte que tiene lugar en 1556. Elegido segundo general el P. Laínez, confirma a Francisco en su cargo.

* * *

Acude Francisco a Tordesillas y ayuda a bien morir a Juana la Loca en 1555. También visita a Carlos V, ya solitario en el monasterio de Yuste, que le sigue encomendando misiones delicadas. Aceptó la difícil misión de la dirección espiritual de la princesa Juana, regente de España en la ausencia de su hermano, Felipe II. La princesa Juana amó tanto a la nueva Orden que San Ignacio le concedió los votos por los que le quedaba incorporada secretamente a la Compañía de Jesús.

Sufre el comisario P. Borja por las dificultades que los jesuitas encuentran en Toledo de parte del Cardenal Silíceo, y en Salamanca de parte del dominico Melchor Cano, famoso teólogo de Trento. En Zaragoza, los agustinos y el Vicario General del arzobispado les atacaron tan duramente que hubieron de retirarse algún tiempo a Padrola, en casa de la "Santa Duquesa", la hermana del P. Francisco.

Las cruces seguían. Borja sufrió por el imprevisto desvío de Felipe II hacia él. Además, "tan limpio como el más puro" (P. Laínez) en defender la fe, tuvo dificultades con la Inquisición, concretamente por su amistad con el arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza, preso ahora en las cárceles de la Inquisición, quizá porque Fernando Valdés, Inquisidor General, estaba amargado porque no se le había dado a él la sede de Toledo. El P. Francisco se abrazaba confiado a la Cruz.

Su salud se siente quebrantada: hernia, perlesía, ataques de gota. Lo sufre con paciencia y con humor. Su excesiva gordura le había preocupado también. Al final, tanto la había reducido por la penitencia que decía, con gracejo, que podía dar a su cuerpo dos o tres vueltas con la piel.

Era hombre de gran corazón. Siempre buscaba la unión. Desplegó como comisario una actividad infatigable, fundó muchos colegios y noviciados. No descuidaba los tiempos destinados a la oración, aparte de que, como afirma el P. Ribadeneyra, se habituó a encontrar a Dios en todo lo externo, de manera que todos los lugares le eran oratorio y todas las casas motivo de recogimiento y oración. Decía también: "La mortificación es vivificación, el obedecer es reinar, la pobreza es riqueza, el vivir es morir".

Quería vivir radicalmente la obediencia: "Bueno es sacrificar la hacienda por la limosna, escribía, y bueno es sacrificar la carne por la penitencia, pero si falta el sacrificio del entendimento y de la voluntad, aún parece que no ha llegado a lo vivo, aún falta la médula por sacrificar". No era amigo de medias tintas: "Quita, quita de ti ese ser sin ser, aniquila, aniquila ese ser tuyo que en tanto tienes, para que dejando el ser astroso de tu cosecha, merezcas tenerle todo en Dios".

* * *

En 1565 muere el P. Laínez y es elegido general el P. Francisco. Se extiende la noticia con satisfacción general. Visita al papa. San Juan de Avila le felicita y compadece. Borja escribe en su *Diario:* "Diario de mi cruz".

Se multiplican prodigiosamente los centros de enseñanza. Se traza un plan de estudios que se extiende por todas partes. Nacen las Congregaciones Marianas, tan fecundas en frutos. Impulsa una gran expansión misionera en Brasil, Perú, México, California, Florida, Filipinas, islas del Pacífico. Allí hubiera deseado acabar sus días. Da criterios muy acertados para las misiones. Exige preparación y dotes. Sentido social y humanitario hacia los nativos.

Inicia con Vignola la construción de la Iglesia del Gesú en Roma, de una sola y amplia nave, recuerdo de la de Gandía. Pone en marcha el noviciado de Roma, en el que ingresa el joven polaco Estanislao de Kostka, que muere pronto en olor de santidad.

San Pío V encomienda acompañar al Cardenal Legado a las cortes de España y Portugal para lograr la liga cristiana que, a las órdenes de Don Juan de Austria, conseguiría la victoria de Lepanto, "la mayor ocasión que vieron los siglos", como diría un testigo presencial, Cervantes, el manco de Lepanto. Viaje incómodo, que dura más de un año, para la delicada salud del P. Francisco. Fue un viaje que le acortó la vida, y que él aceptó por obediencia.

Pasa por Valencia y se sacrifica en no llegar hasta Gandía, como hizo Javier al pasar cerca de su castillo natal, camino de las misiones.

Llegado a Roma, rodeado del amor de los suyos y en unión íntima con el Señor, murió el 30 de septiembre de 1572.

Los restos fueron trasladados a Madrid. Incendiada en 1931 la iglesia donde se guardaban, fueron recogidos unos huesos calcinados que aún se conservan en una urna de plata. Fue beatificado medio siglo después de su muerte. Con este motivo se celebró un certamen literario en el que intervino Góngora. Fue canonizado medio siglo más tarde, en 1671, y ahora fue Calderón el que dio lustre a la fiesta.

* * *

El mensaje de Borja sigue siendo válido para nuestros días. Dio una esmerada educación cristiana a sus hijos. Se distinguió por su fidelidad a su esposa, a su rey, a su vocación, a sus superiores, a la Compañía, al Papa. Siempre obediente, la obediencia le adelantó la muerte. Era hombre de oración y de gran actividad apostólica. Promotor de cultura y del desarrollo social. De gran comprensión y amabilidad, fue llamado "el buenísimo", a la vez que sabía gobernar con fortaleza. Se esforzó en consolar y alentar.

Humilde y sencillo, renunció a sus títulos de nobleza. De corazón amplio y universal, puso todo su afán en el Colegio Romano y en las misiones americanas. Mostró gran respeto a la persona humana. Abrió las puertas de su Orden a judíos, moriscos e indígenas, algo inaudito por entonces. Sus dos obras cumbres fueron la educación de la juventud y la promoción de las misiones.

LA NUEVA ROSA DE JERICO

"La santidad es el único remedio contra los males de la tierra. El santo es el único personaje de utilidad pública. La santidad es la clave universal de todos los problemas. Un escritor griego, Arístides de Atenas, no dudaba en decir que el mundo seguía existiendo gracias a la oración de los santos. Y otro, Serapión, decía que por sus oraciones la lluvia cae sobre la tierra, ésta se cubre de verdor y los árboles se cargan de frutos. La presencia de un solo santo a bordo de un barco lo salva del naufragio (Hech 27,33). Sólo los santos pueden salvar las ciudades, las naciones y las sociedades a punto de perecer. La santidad es un largo trabajo. Muy duro. Es un martirio. La santidad se lleva a cabo en la soledad, en el retiro, en la oración y en la ascesis. Lejos de todo. Por ello no hay que molestar a los santos que se consagran a Dios. Si les impedimos que se conviertan en santos, ponemos en peligro a la sociedad. El día en que el número de los santos en la tierra sea lo bastante numeroso, no habrá más hambre, injusticias ni guerras" (Gheorghiu). ¿Quién podrá medir el influjo misterioso, pero real, de almas como Rosa de Lima en la historia de la humanidad?

* * *

Nos molesta hoy que los antiguos biógrafos cuenten la vida de sus biografiados, recargándola de milagros, portentos y leyendas desde que estaban en la cuna. Cierto que exageraron. Es un tributo que pagaron al estilo de la época. Pero eso no quiere decir que no haya habido niños y niñas precoces en la virtud y en la santidad, como los hay en el vicio. No somos nosotros quiénes para recortar los planes de Dios. Si el buen ladrón lo llamó a úlitma hora, a otros, como a Rosa, pudo llamarlos en la primera. Tanto más que, como suele decirse, más que vocaciones tardías, lo que hay son respuestas tardías.

Viene esto a cuento de un *suceso decisivo* que protagonizó Rosa en su adolescencia. Cierto día, un joven, hijo único, rico y virtuoso, acudió a los padres de Rosa para pedirles su mano con gran insistencia. Los padres, muy felices, le rogaron a Rosa que aceptase. Pidió Rosa un tiempo, no para pensarlo, sino para realizar un gesto fuerte y simbólico, que era su mejor respuesta. A imitación de su patrona Santa Catalina de Siena, se encerró en un cuarto, tomó con energía las tijeras y se cortó al rape su blonda y linda cabellera. De esta guisa se presentó a sus padres diciéndoles: "Desposada estoy

desde hace tiempo con el Hijo de Dios y de la Virgen y no puedo cambiarlo por nadie de la tierra. Si acaso mis cabellos eran los causantes del amor de ese joven, ved que ya no adornan mi cabeza". Sus padres quedaron muy contrariados y ofendidos. Pero Rosa se mantendría fiel al amor que había prometido. Desde ahora, abiertamente ya y sin impedimento alguno, emprendería una *marcha sin retorno* tras su ideal bienamado. Nada ni nadie le haría retroceder en su camino. Podría repetir con San Juan de la Cruz:

Buscando mis amores
iré por estos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras...
Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le dí de hecho
a mí, sin dejar cosa:
allí le prometí de ser su esposa.

* * *

Nace Rosa, "la rosa del Nuevo Mundo", el 20 de abril de 1586, aunque, según otros, fue el 30 del mismo mes, día que se celebraba la fiesta de Santa Catalina de Siena, a la que tributaría cordial devoción. Nace en Lima, ciudad en perpetua primavera, la nueva capital del Perú, que en tiempos se llamó Ciudad de los Reyes, porque fue fundada por Pizarro el día de los Santos Reyes de 1535, y como recuerdo de los reyes de España, Don Carlos I y su madre Doña Juana La Loca, cuyas insignias entrelazadas forman el escudo de la ciudad.

Fueron sus padres Gaspar Flores, nacido en Puerto Rico, alabardero del Virrey del Perú, y María de la Oliva, natural de Lima, ambos hijos de españoles. Al ser bautizada en la parroquia de San Sebastián el día de Pentecostés, recibió el nombre de Isabel por su abuela. Un día su madre, al ver el rostro sonrosado de la niña, exclamó: "Rosa eres y Rosa para siempre te llamaré". Así nació un cierto forcejeo entre la madre y la abuela, entre Rosa e Isabel. Forcejeo que se venció a favor de Rosa, pues con este nombre la confirmó el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo. Después, algo mayor, creyendo que éste era el deseo de la Virgen, se llamaba a sí misma Rosa de Santa María. Y, jugando con su propio nombre y con los apellidos de sus padres se entretenía cantando esta ingenua cancioncilla: ¡Ay Jesús de mi alma,/ qué bien pareces/ entre Rosas y Flores/ y Olivas verdes!

Desde muy pequeña dio muestra de gran fortaleza entre propios y extraños, tanto en algunas enfermedades que sufrió, como en algunas curas difíciles que hubo de soportar. De esta manera se robustecía su voluntad y se pertrechaba su carácter para arrostrar las duras batallas que se le habían de presentar.

Los primeros biógrafos no se cansan de ponderar la rara hermosura de Rosa. Hablan con admiración de Rosa de Lima como la nueva Rosa de Jericó. "Crecía como cedro del Líbano y como ciprés en los montes del Hermón, como paloma de Engadí, como la *rosa* de Jericó, como hermoso

olivo en la llanura y como plátano junto a las aguas. Exhalaba aroma y suave olor como la canela y el bálsamo aromático, como la mirra escogida, como gálbano, estacte y alabastrino vaso de perfume, como nube de incienso, y como el terebinto extendía sus ramas graciosas" (Eccli 24,13-17). "Florecía como la *rosa* que crece junto al arroyo y exhalaba perfume como el lirio" (Eccli 39,13-14). "Como el arco iris, como flor de *rosas* en los días de primavera, como azucena junto a las aguas, como las flores del Líbano en verano" (Eccli 50,7b-8).

Era una criatura excepcional. "Gracia, hermosura, inteligencia, todo parecía haberlo reunido la naturaleza en aquella criatura privilegiada" (Pérez de Urbel). Era tal su hermosura que, como ya se ha insinuado, muchos jóvenes ricos la cortejaban, aun siendo Rosa de familia humilde. Esto causaba tal alegría a su madre que pronto mostró grandes deseos de casarla con alguno de ellos, tanto porque así creía hacerla feliz, como porque, de esta manera, entraría algún acaudalado en aquella necesitada familia de once hijos. Por eso procuró que tuviera la mejor educación posible. Consiguió un virtuosismo singular en el manejo del arpa, la cítara y la vihuela. Su madre la obligaba a adornarse con bellos atavíos y así la llevaba por las calles, con increíble vergüenza de la modestísima doncella. Pero muy distintos eran los planes de Dios y los deseos de Rosa...

* * *

Una vez conocida la *decisión irrevocable* de entregar su corazón únicamente a Dios, sin desatender sus obligaciones en casa, empezó a dedicarse más plenamente a la oración, de donde sacaba energías suficientes para superar todos los problemas. La lectura de los libros del P. Granada le ayudó mucho en la orientación de su espíritu. No solamente acotaba ciertos momentos para la oración, sino que toda su jornada era vida de oración, todos los actos los impregnaba de presencia de Dios. No se contentaba con animar a otras personas a que practicasen la oración, sino que estimulaba también a las plantas, a las flores y a las aves a cantar con ella las alabanzas del Señor. Era una "carismática". Y según una linda leyenda de su primer biógrafo, el P. Hansen, a veces acudía a su ventana un canoro quetzal, el ruiseñor de América, que unía sus alegres trinos a las notas de la vihuela, mientras Rosa cantaba: Pajarito ruiseñor,/ alabemos al Señor./ Tú cantas a tu Criador,/ yo canto a mi Redentor.

Una de las características de la espiritualidad de la inocente Rosa fue su empeño en superarse en ayunos y austeridades. Por eso suele representarse a Santa Rosa con una corona de rosas, pero de rosas entremezcladas con espinas. Concretamente quiso imitar los sufrimientos y humillaciones que el Señor padeció en su pasión en todos sus miembros. Como regalo por este admirable esfuerzo de parecerse a El, estando un día Rosa en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, oyó interiormente que la decía el Señor: Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa. Era una clara aceptación, de parte del Señor, del voto de virginidad de la Santa. Rosa, entre transportes de alegría, se hizo un anillo de desposada que llevó hasta su muerte y hoy se conserva en su iglesia de Lima. Y se hizo grabar en el anillo las palabras que había oído

del Señor. Palabras que luego se grabaron en una plancha metálica, colocada en el suelo, en su iglesia, al pie del altar de la Santa.

* * *

Los místicos desposorios celebrados con el Señor, su oración y recato parecía que la destinaban para el claustro, y así se lo aconsejaban muchos. Por fin decidió no entrar en ningún convento. Se santificaría sin salir de su casa. En medio de los trabajos y problemas familiares. Con todo, se unió como terciaria a la Orden dominicana, sobre todo por su viva devoción a Santa Catalina de Siena.

Sin salir de su casa y familia se entregó a practicar generosamente todas las virtudes, empezando por la sencillez y humildad. Ponía especial interés en encubrir los múltiples dones con que la había adornado el Señor. "Mi amado es para mí y yo soy para mi amado, que apacienta su rebaño entre azucenas" (Cant. 2,16). Sabía Rosa que "es glorioso pregonar las obras de Dios", pero también que "es bueno guardar el secreto del rey" (Tob 12,7). Como dice la Vulgata, "mi secreto es para mí, mi secreto es para mí" (Is 24,16). Y es que las almas grandes son delicadas y discretas. No se exhiben. Y ahí radica su encanto. Ya lo contó Pemán: "El encanto de las *rosas/* es que siendo tan hermosas/no conocen que lo son". Las cosas finas se degradan si se las empieza a manosear. "No la toquéis. Que así es la rosa" (J. R. Jiménez). Por otra parte la rosa, aun sin pretenderlo, despide su delicado aroma.

Su caridad con el prójimo no tenía límites. Se privaba de todo lo suyo por socorrer a los necesitados. Y cuando no tenía nada, su amor conseguía que el Señor realizara milagros por ella. Atendía con amor exquisito a pobres y enfermos. No descuidaba tampoco su constante preocupación por las almas. Estimulaba a predicadores y misioneros, y ella misma colaboraba con santo celo por todos los medios a su alcance.

Es natural que "el hombre enemigo, el padre de la mentira", de que habla el Evangelio, la inquietase con toda suerte de tentaciones. Incluso sufrió con frecuencia tinieblas, sequedades, soledad, abandono, temores. Duraron estas pruebas nada menos que quince años. Pero de todos los trances la sacaba el Señor. Ella clamaba con frecuencia: Aumente el dolor con tal que aumente también el amor.

También la Santísima Virgen consolaba a su hija, que acudía con frecuencia a visitarla, ante la devota imagen del Rosario, que todavía hoy es venerada como Patrona por todos los peruanos. Rosa se lo agradecía cultivando para la Señora las hermosas flores y rosales de su jardín.

Brilló Rosa también por su ardiente devoción a la Eucaristía. Relatan algunos testigos en el proceso de canonización que su rostro se transfiguraba al comulgar. Cuentan que estando para entrar en Lima unos corsarios holandeses con intención de profanar las iglesias, la valentía y el coraje de Rosa fue suficiente para unir voluntades y poder evitarlo. Al comulgar solía recitar una fervorosa oración, que recuerda las ansias sin límites que más tarde expresaría Santa Teresa de Lisieux: Quisiera, Señor, tener los corazones de todos los serafines para amaros yo sola cuanto os aman todos ellos juntos. Pero no, esto es poco. Quisiera ser la Virgen María para amaros como madre vuestra.

Pero tampoco me bastaría. Quisiera yo ser Dios para amaros con amor infinito. Mas ya que nada de esto soy, haced, Señor, que por lo menos todo mi ser se vuelva ascua, para que arda yo y me consuma de amor.

* * *

La Rosa de Lima era demasiado delicada para vivir mucho tiempo en esta tierra. Pronto se desarraigaría para hundir sus raíces en el jardín del paraíso. Así lo previó ella misma y se lo comunicó con cuatro meses de anticipación a la señora de D. Gonzalo de la Maza, con los que vivía por entonces.

A primeros de agosto de 1617 empezaron unos terribles dolores que le azotaban duramente todo el cuerpo. Todos sentían compasión al ver aquella inocente doncella cosida por tan atroces sufrimentos. Rosa se sentía feliz por participar tan vivamente de la cruz del Señor.

Días más tarde Rosa recibió la visita de su Señor como viático y la unción de los enfermos. Estaba segura que aquella misma noche estaba invitada al banquete celestial y no quería retrasarse: "Si no llego a la hora fijada, decía a su madre, me cerrarán las puertas como a las vírgenes necias". Llegada la media noche, cuando vio que se acercaba el momento de partir, pidio a Luisa de Santa María una de sus más fieles amigas, que entonase, al son de su vihuela, un jubiloso canto de amor. Luego rogó que la quitasen la almohada a fin de reclinar la cabeza sobre el leño que tenía a la cabecera para parecerse más a su Señor, y repitiendo "Jesús, Jesús, Jesús sea conmigo", se fue al paraíso a cultivar los rosales que no se marchitan. Era el 24 de agosto de 1617. Tenía Rosa 31 años.

* * *

Conocida la notica de su muerte, oleadas de gentes pedían el consuelo de venerar a la santa, y quedaban maravillados al contemplar la serenidad, la hermosura y el aroma que despedía aquella rosa inmarchitable. Para evitar que la despojaran de su vestido en su afán de conservar reliquias, el Virrey envió guardias que la custodiaran.

El cadáver fue conducido a la Iglesia del convento de los Dominicos. Todo el pueblo de Lima acudió a acompañarlo. El rostro de la Virgen del Rosario parecía seguir sonriendo a su hija querida. Fue enterrada en el cementerio de los Religiosos, como había sido su deseo. Su confesor, Fray Alonso Velázquez, expresó en la oración sagrada el amor y dolor que les embargaba a todos. Lima había quedado huérfana. Pero la *rosa* que había expandido el aroma de sus virtudes por todo Perú, por todo el continente americano, seguiría ahora ejerciendo su influjo con creces. Y hasta el viento extendería este aroma e influjo por el mundo entero. Podría decir como el poeat:

> Ya apenas vivo en mi alargado acento.
> Así, vago remedo de sí misma,
> muerta la rosa, vive por el viento (Pemán).

* * *

El papa Clemente IX la elevó a los altares. Firmó la bula de beatificación la declaró Patrona de Lima en 1668. Mandó también el papa esculpir una

estatua yacente, de mármol blanco, de la nueva beata, representándola en el momento de expirar. Es una estatua singular, considerada, como una de las obras más artísticas de América. Está colocada bajo el altar de la Santa, en su iglesia de Lima.

Tres años después, en 1671, su sucesor Clemente X la inscribió solemnemente en el catálogo de los santos en la basílica vaticana, el 12 de abril. "A la ciudad de Reyes, como se suele llamar a Lima —escribía Clemente X— no le podía faltar su estrella propia que la guiara hacia Cristo, Señor y Rey de Reyes". Además la declaraba "Patrona principal y universal de todas y cualquier provincias, reinos, islas y regiones de tierra firme de toda América, Filipinas e Indias Orientales".

Como escribe el P. Félix M. Alvarez, "su vida breve, interior, escondida, carece del movimiento y dramatismo que llama la atención en la vida de los grandes apóstoles, de los grandes misioneros, de los personajes epónimos que llevan el sobrenombre de *magnos*, y que hacen época en la historia de la Iglesia y del mundo". Pero esta vida humilde y oculta, centrada en el amor a Dios y a los pobres y enfermos, en la oración, en la pureza y en el sacrificio, entraña un mensaje de gran transcendencia y de perenne actualidad. Era la primera flor de santidad brotada en tierras americanas. Honor y gloria inmarcesible del Perú, de toda América y del mundo entero.

FLOR DE LA PIEDAD AMERICANA

"Un santo reconforta a toda la tierra. Sobre todo a aquéllos que no creen en Dios. Pues saben que los santos están ahí. Y oran por ellos. Por lo tanto, no puede sucederles nada malo. Ellos son el cinturón de seguridad de los no creyentes. Los santos son para los ateos como las redes para los trapecistas que trabajan en el circo. Un elemento de seguridad. Por eso los no creyentes prefieren que los santos estén siempre a su lado. Que sean fuertes y auténticos santos. Puesto que, en caso de peligro, como en tiempo de diluvio, si no hubiera existido un santo como Noé, el mundo hubiera perecido. La desgracia de Sodoma y Gomorra se debió al hecho de que no había santos entre sus paredes" (Gheorghiu). Mientras haya santos de la entereza y generosidad de Isabel Seton, el mundo puede confiar tranquilo en su supervivencia.

* * *

Triste y sola quedaba Isabel en Italia, muerto su marido, y lejos sus hijos, en Nueva York. Pero precisamente en estas circunstancias iban a suceder *acontecimientos* que serían *decisivos* en su vida.

Los hermanos Filicchi, Felipe y Antonio, que tan amablemente la habían acogido en Livorno, eran fervientes y celosos católicos, y no disimulaban su deseo de mostrar a Isabel, de religión episcopaliana, la riqueza y plenitud de la religión católica. "No ceses de rezar y golpear a la puerta de la divina gracia", le rogaba intencionadamente Antonio. La visita a las iglesias de Florencia, la actitud de los fieles ante el Santísimo Sacramento, le impresionó favorablemente. Era una primera llamada del Señor. A su cuñaba Rebeca le escribía: "¡Qué felices seríamos si pudiésemos creer como estas buenas gentes! Ellos poseen a Dios en el Sacramento, Dios permanece en sus iglesias, y el Señor les visita en sus casas cuando están enfermos".

Diversas circunstancias providenciales fueron la causa de que permaneciese cinco meses en Italia. Los hermanos Filicchi los aprovecharon para darle oportunidad de que conociera mejor la religión católica, que Isabel iba lentamente aceptando como regalo de Dios. Vuelve a Nueva York acompañada de Antonio para poder seguir instruyéndola en el paso de su conversión. Poco después de llegar, muere su "hermana en el Espíritu", Rebeca. La gracia de Dios le iba acechando cada vez más de cerca y crecía su decisión de dar el gran salto.

Cuando Isabel anunció a su familia y a las amigas su firme propósito de hacerse católica, hubo una unánime reacción de incredulidad y desprecio.

Eran muchos los prejuicios contra el catolicismo, y la actitud de los inmigrantes católicos no era siempre ejemplar. Por eso intentaron hacer desistir a Isabel del paso peligroso que iba a dar, y el pastor de la iglesia episcopaliana de la Trinidad, Hobart, casi estuvo a punto de conseguirlo.

La tormenta exterior arreciaba. Isabel se encontraba en la encrucijada y no sabía cómo salir del atolladero. Le faltaba la paz y puso en peligro su salud. Antonio, cerca de ella, y Felipe por cartas, no dejaban de apoyarle y estimularle a la esperanza. Representaría para ella, dice Juan XXIII, "enriquecer el patrimonio que ya poseía, abrir el cofre cerrado que estaba en sus manos", hasta llegar a la verdad plena.

Por fin, en la primavera de 1805, tras madura reflexión y estudio, tomó la *gran decisión, el nuevo rumbo* de su vida. Había llegado, llevada por la mano de Dios, a un *punto sin retorno* en su existencia. El 14 de marzo hizo el acto de sumisión a la Iglesia Católica. Después se confesó y recibió la sagrada comunión con grandes transportes de alegría. Escribía a Amabilia, la esposa de Antonio: "Finalmente Dios es mío y yo soy suya. Pase lo que pase, ya tengo al Señor en mi corazón".

* * *

Isabel Ana nació el 22 de agosto de 1774 en Nueva York. Seis días después se reunía en Filadelfia el primer Congreso Continental, los jefes de las trece colonias americanas que habían emigrado de Gran Bretaña en el Mayflower. Las colonias tomaron una postura común que las llevaría a la guerra de liberación y al nacimiento de los Estados Unidos de América, dos años más tarde, en 1776. De esta manera Isabel se convertía en ciudadana norteamericana. Y el feliz resultado es que Isabel es la primera persona nativa norteamericana que recibe el honor de los altares. Es de notar la profunda raíz norteamericana de Isabel, pues no sólo ella había nacido allí, sino varias generaciones de sus antepasados.

Su padre, Ricardo Bayley, médico de fama internacional, tuvo importantes cargos en Nueva York. Su madre, Catalina Charlton, era hija de un celoso pastor episcopaliano. Isabel fue bautizada en la iglesia episcopaliana de la Santísima Trinidad de Nueva York, de la que fue feligresa fiel y observante. Su madre murió cuando Isabel tenía tres años. Pronto volvió a casarse su padre. No se encontraba Isabel ya a gusto en el hogar. Ni su padre ni la segunda esposa se preocupaban de los hijos del primer matrimonio. Por lo que Isabel y su hermana María pasaron parte de su infancia con su tío William Bayley en Nueva Rochelle.

Poco feliz, pues, su infancia, sin el afecto necesario para un armónico desarrollo. Afortunadamente, ante la ausencia del afecto familiar, acudió a buscarlo en el trato con Dios. De temperamento vivo y expansivo, las circunstancias la inclinaron temperamentalmente a una actitud seria y reflexiva. Desde muy joven meditaba largamente y aprendió a descubrir en la naturaleza la huella del Creador. Los campos, el cielo, el mar, todo era para ella como un libro abierto donde leía los designios de Dios. "Si queréis conocer a Dios, dice Gibran, contemplad el espacio: le veréis caminando en las nubes,

extendiendo sus brazos en la claridad, descendiendo en la lluvia. La veréis sonriendo en las flores y levantando y moviendo luego sus manos en los árboles".

* * *

La inclinación por las cosas del espíritu la animó a leer la Biblia y la poesía religiosa de Milton y Thompson. Esto preservó su alma de la corrupción cuando se dedicó a leer también, ávidamente y sin control, muchas de las novelas del momento. Novelas románticas que, por su buena disposición, estimularon sus sueños e ideales. Le gustaba también el baile, pero siempre lo practicó con inocente alegría. Esto nos recuerda la hermosa experiencia de Guy de Larigaudie: "Las bellas extranjeras no podían comprender que, aun en medio de las músicas de baile más insinuantes, mi corazón, dentro de mí, cadenciaba una oración, y que esa oración era más fuerte que su encanto y atractivo".

Frecuentaba también el teatro. Ella lo contemplaba con limpieza de espíritu. Con todo, observaba que después de estas diversiones le era más difícil rezar y tener buenos pensamientos que cuando no acudía a ellas. Y más tarde pondría en guardia a sus hijos del peligro de una asistencia indiscriminada a espectáculos, como a ella le había sucedido por la situación de abandono familiar.

Desde muy joven era muy amiga de los niños, y así lo demostraba entreteniendo y enseñando oraciones a los hijos del segundo matrimonio de su padre y a otros. Sería un augurio del carisma de su futuro apostolado, que tanto atendería a la infancia abandonada. El Nobel español, Juan Ramón Jiménez, escribió: "Besad a esos pobres niños/ que van solos por la vida/ sin encontrar pan ni abrigo".

Desde los dieciséis años Isabel apenas tuvo contacto con el hogar familiar por falta de entendimiento con su madrastra. En cambio empiezan a estrecharse los lazos de un profundo y mutuo afecto entre ella y su padre, que queda confirmado por una admirable correspondencia. Conoció también a tres amigas, con las que siempre se mantuvo íntimamente unida: Julia, Elisa y Catalina.

* * *

Se casó Isabel el año 1794 con William Magee Seton, joven de familia acomodada y de grandes cualidades intelectuales y morales.

La alegría del nacimiento del primer fruto del matrimonio, la niña Ana María, empezó pronto a nublarse, ante la amenaza de tuberculosis que parecía cernirse sobre William. Isabel se refugia en la plegaria: "He decidido dirigir mis ojos a lo alto, que me parece el único remedio", escribe a una amiga. De momento amaina la tormenta. Nacen cuatro hijos más: William, Ricardo, Catalina y Rebeca. De nuevo enferma el marido. Y también los hijos. "En cuanto al presente y al futuro, escribe Isabel, me entrego a Aquél que es el Autor y el Soberano de ambos".

En 1797 empieza Isabel las obras de beneficencia y participa en la constitución de la Sociedad de ayuda a las viudas, versión protestante de las

Damas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Recogían fondos y visitaban a las viudas.

Entra en contacto con una hermana de William, Rebeca, con la que traba una inmarcesible y fecunda amistad. La llamaba "su hermana en el Espíritu". Con otra amiga, Catalina, forman las tres un "círculo sagrado" de oraciones y obras de caridad. Acudían juntas a los cultos de la iglesia de la Trinidad, y pasaban mucho tiempo en oración y en obras de misericordia. Les llamaban las Hermanas Protestantes de la Caridad. El pastor de la iglesia de la Trinidad, Hobart, las orientaba y alentaba. Así no cayó en las ideas de Rousseau que la sedujeron algún tiempo.

* * *

No cesan las tribulaciones. Muere su querido padre. Quiebra el negocio de su marido y se va agravando la enfermedad que le amenazaba. Siempre le amó con amor fidelísimo. "Me parece estar tan unida a mi querido William que su vida y la mía parecen una única vida". Pero un serio problema preocupaba a Isabel. Su marido, bueno a carta cabal, no cultivaba las prácticas religiosas. Isabel no cesaba de encomendar este asunto al Señor y de poner los medios a su alcance. Por fin William cedió y se entregó a Dios. Isabel escribía con alegría: "El corazón de Willy me parece todavía más unido al mío, por estar más unido al de Dios".

La conversión de William había sucedido en un momento oportuno, pues era poco lo que le quedaba de vida. Emprenden juntos un viaje de negocios hacia Livorno, Italia. Al llegar han de sufrir el encierro de una cuarentena que imponen las autoridades sanitarias por miedo de que se propague alguna epidemia. Es un mes largo y duro. Pero el mutuo y profundo amor —"nos amábamos más que cuanto ser alguno puede amar en esta tierra"— les ayuda a sobrellevar las penalidades. Pocos días después de salir de aquel *lazareto*, moría William exclamando: "Mi Señor Jesucristo, ten piedad de mí y acógeme en tu seno".

Purificada Isabel con estos sufrimientos, y más libre de ataduras humanas, estaba ya dispuesta a hacer grandes progresos en los caminos del Señor...

* * *

Aparte de las tormentas levantadas por su conversión, Isabel debía afrontar difíciles problemas de subsistencia por sus hijos. Emprendió varios intentos de solución, pero todos fallaron. Los amigos de antes la habían abandonado. La conversión al catolicismo de su cuñada Cecilia la indispuso más aún con la familia Seton. Empezó a ver la conveniencia de alejarse de Nueva York.

El P. Dubourg, rector del Colegio de Santa María en Baltimore, sugirió a Isabel fundar una escuela en aquella ciudad. Isabel aceptó y fundó su primera Escuela Católica. Los principios fueron muy humildes, pero se auguraban grandes frutos. La orientación era netamente religiosa. "La educación, confirma el P. Dubourg, estaba relacionada e incluso subordinada a la instrucción religiosa".

Desde el principio Isabel iba rumiando la idea de asociar señoritas para crear una comunidad religiosa que diera estabilidad a la Escuela Católica. Dios la iba preparando para crear tal Institución, llenándola de gracias, a las que Isabel correspondía con verdadero progreso espiritual. "Yo renové, escribía Isabel, mi promesa de hacer todo esfuerzo y de realizar un intento serio de servir a mi querido Redentor y de darme completamente a El".

Su director espiritual, el sulpiciano P. Babader, le ayudó a reclutar en Filadelfia las dos primeras aspirantes para la proyectada Institución, Cecilia O'Conway y María Murphy. Cecilia O'Conway fue la primera en llegar a Baltimore, por lo que la historia la ha llamado "la primera Hermana de Filadelfia y la primera hija de la Madre Seton". La primera, pues decía Isabel a su amiga Cecilia Seton: "Se prevé que será Madre de muchas Hijas".

La Institución se fundó en Emmitsburg, a pocos kilómetros de Baltimore. La ayuda pecuniaria de un rico convertido, que ahora se preparaba para el sacerdocio, Samuel Cooper, fue providencial en los principios. El 25 de marzo de 1809 Isabel daba feliz remate a sus ilusiones pronunciando los votos de pobreza, castidad y obediencia ante el Arzobispo Carroll. Isabel era ya la Madre Seton. El 1 de junio, con sus primeras cuatro compañeras, vestía por primera vez el hábito religioso. Tiene consigo a sus cinco hijos para cuidar de ellos desde cerca.

Ya estaba en marcha la primera comunidad religiosa, que se llamaría provisionalmente Hermanas de la Caridad de San José. El primer asesor espiritual fue el P. Dubourg, pronto sustituido por el P. Juan Bautista David, que por entrometerse demasiado puso en graves dificultades a la naciente comunidad, dificultades que el Señor permitía para acrisolar y purificar la nueva fundación. La prudencia de la Madre Seton y los consejos del Arzobispo Carroll salvaron estos primeros escollos, y la sustitución de David por Dubois acabó de consolidar la Obra.

El Señor la probó también con hondas penas familiares. Por entonces murieron sus queridas cuñadas Cecilia y Harriet —Cecilia se había unido a la Orden—, y su hija mayor Ana María fallecía también a los 17 años. Ana María había entrado a formar parte de la comunidad y en poco tiempo había progresado notablemente en santidad. La muerte de su hija le impresionó profundamente. "No sabía lo que hacía ni lo que dejaba sin hacer". Pero en todo se sometía al Señor. "Nunca me quejaré conscientemente de la divina voluntad". Poco después moría su hija Rebeca, a los 14 años, como una santa también.

* * *

La regla de la nueva Institución fue ratificada por el Arzobispo Carroll, el P. Dubois y la comunidad. Fundamentalmente era la regla de San Vicente de Paúl para las Hermanas de la Caridad, pero insistiendo en la educación como uno de los fines de la Institución.

La nueva fundación empezó a extenderse con rapidez. No daban abasto en aceptar las nuevas solicitudes. Las estrecheces y problemas, las víctimas que se cobraba la peste, no significaban ningún desaliento. La entrega, ilusión y generosidad de las Hermanas era la mejor propaganda. Pero el mérito princi-

pal venía del ejemplo de la Madre Seton. Dentro de su debilidad física, era animosa y enérgica, sabia y santa, llena de celo y de espíritu. Su confesor, el P. Bruté, decía de ella: "Era un verdadero modelo para las Hermanas: su madre por el amor, su sierva por la humildad, su superiora por la sabia orientación, su amiga en la tribulación".

* * *

La Academia de San José —antes Escuela Católica— fue un éxito, porque empezaba por ser una excelente escuela. La Madre Seton era una gran educadora. No tenía títulos en pedagogía. No había tenido una formación específica especial. Pero tenía una gran intuición. Era una maestra nata. Sabía introducirse en el alma del niño, acomodarse a él, y ayudarle a que él mismo sacase las consecuencias.

Buscaba una formación integral en su escuela. Pero se enseñaba, por encima de todo, la moral católica y las virtudes cristianas. Ella personalmente impartía las clases de formación religiosa. Le cabe el honor de ser la fundadora de la escuela parroquial católica, de tan decisiva influencia en la extensión del catolicismo en los Estados Unidos. En estas tareas le fue muy útil la hábil dirección espiritual del P. Bruté. Su prudencia y consejo ayudaron a Isabel a caminar a pasos agigantados hacia la santidad.

* * *

Sus devociones especiales fueron el amor a la Virgen y a la Eucaristía. Consideraba a María como "la primera Hermana de la Caridad" de su Instituto. El P. Bruté nos ha dejado múltiples testimonios de la heroicidad de su virtud. "Es imposible olvidar, dice, aquel rostro encendido de amor y cubierto de lágrimas, cuando se acercaba a comulgar". La Madre Seton dejó una rica herencia espiritual al mundo. Una herencia espiritual con idiosincrasia norteamericana: sentido práctico, espontaneidad, optimsimo. Creía en la grandeza futura de la Iglesia en América con la misma certeza de esperanza con que los primeros colonos avanzaban hacia el lejano Oeste. Su cuñado Samuel Seton la llamó "una especie de Juan Bautista". Ella misma expresaba así su incontenible celo: "Si fuera un hombre, iría tras las huellas de San Francisco Javier. No dejaría sin explorar ni los abismos del mar ni la extensa bóveda del firmamento".

Nadie como los santos encarna en su vida la doctrina del Evangelio. Nadie tan fiel como ellos al magisterio de la Iglesia. Por eso nos parece ver retratada a la Madre Saton en unas recientes palabras del Papa Juan Pablo II: "La oración es la *contestación* más urgente que los religiosos deben oponer a una sociedad en que la eficiencia se ha convertido en ídolo. Los religiosos representan a la Iglesia deseosa de encarnarse en el radicalismo de las buenaventuranzas. Si toda la vida de la Iglesia tiene dos dimensiones, la vertical y la horizontal, las órdenes religiosas deben tener en cuenta sobre todo la dimensión vertical. Los religiosos deben acercarse a la gente e insertarse en el pueblo, sin poner en cuestión su propia identidad".

Las heroicas virtudes de la Madre y el heroísmo de las Hijas lo premiaría el Señor con una rápida extensión de la Obra. Filadelfia (filos-adelfos, amor

fraternal) recibió su nombre de unos primeros colonos *utópicos* que crearon pequeños núcleos donde intentaban vivir en amor fraternal. Y en Filadelfia fundó la Madre Seton en 1814 el primer orfanato, como verdadera hermandad de amor. En 1817 fundó el segundo en Nueva York. Después, escuelas gratuitas. Antes de morir pudo contemplar cómo su Obra se extendía por el mundo: Estados Unidos, Canadá, Bolivia, Puerto Rico, Japón, Formosa, Bahamas, Bermudas, con numerosas escuelas, orfanatos, hospitales, asilos infantiles.

* * *

Dentro de sus obligaciones de fundadora, no olvidó sus deberes para con su familia. Quiso tener cerca a sus hijos William y Ricardo, pero poco pudo conseguir de ellos. Se notaba que faltaba la mano del padre. Se preocupó de su educación y su futuro, pero eran ligeros e inconstantes y preferían una vida aventurera. Tuvo que sufrir mucho por ellos, y no tuvo la satisfacción de tenerlos junto a ella a la hora de su muerte. Sus oraciones lograron al fin traerlos al buen camino. Ricardo murió en alta mar, de una enfermedad contraída mientras atendía con caridad cirstiana a un pastor protestante. William tuvo una muerte cristiana, teniendo junto a sí a sus hijos, entre ellos el arzobispo Roberto Seton, mientras una hija rezaba por él en el convento.

Catalina, la única hija viva de Isabel, fue su apoyo y consuelo en los últimos años. Muerta Isabel, Catalina entró en la congregación fundada por su madre.

Isabel Ana Bayley Seton entregó su alma a Dios el 14 de enero de 1821, a los 47 años de edad, llena de méritos y buenas obras por la gloria de Dios y el bien de sus hermanos. Las últimas palabras a sus Hijas —eco de unas palabras de Santa Teresa— eran una muestra de su profunda fidelidad: "Sed hijas de la Iglesia, ser hijas de la Iglesia".

El P. Bruté escribía a Antonio Filicchi: Se distinguió por la compasión hacia los pobres y pecadores. Era agradecida, fiel y respetuosa. Tenía un corazón desinteresado y generoso. Nunca hablaba mal de nadie, que es una de las piedras de toque de la santidad.

En su sepulcro se grabó esta hermosa inscripción: "Murió en la pobreza, pero rica en fe y buenas obras".

* * *

Isabel Seton fue beatificada el 17 de marzo de 1963 por el Papa Juan XXIII. "El pensamiento, decía el Papa, gusta detenerse en la mansa y fuerte figura de la Beata, propuesta como universal ejemplo de heroica virtud, para aportar luces de enseñanza, de aliento y de buenas inspiraciones. Fue mujer de muchas —soltera, esposa, madre, viuda, religiosa fundadora— y profundas decisiones, flor de la piedad americana".

El Papa Pablo VI la incluyó en el catálogo de los Santos el 14 de septiembre de 1975. Fueron testigos excepcionales de la ceremonia Carlos Kalin, un luterano sueco que padecía inflamación cerebral, y Ana O'Neill, casada y con cinco hijos, que padecía leucemia. Ambos habían sido curados por intercesión de la Santa y fueron los milagros que sirvieron para su canonización.

Estaban presentes en tan fausta efemérides 5 cardenales de Estados Unidos, 80 obispos y más de 500 sacerdotes del país y de Canadá, mil de las 8.000 Hermanas de la Congregación, y más de 16.000 peregrinos estadounidenses.

El Presidente Gerald Ford, en un mensaje, puso de relieve la importancia que tenía para América este "acontecimiento histórico y espiritual". Envió a Roma, para que le representara en la canonización, una distinguida delegación, entre la que se encontraba el Secretario de la Marina de los Estados Unidos y otras personalidades de la Marina, en la que habían prestado servicio los dos hijos de la nueva Santa. El Senado norteamericano, por su parte, aprobó fijar un día nacional de homenaje a la Madre Seton.

* * *

No era para menos. Era la primera Santa nativa de los Estados Unidos. Y de esta manera el pueblo se veía liberado de un estigma que creía pesar sobre él. Cuando uno visita los Estados Unidos u otros pueblos sajones y entra en contacto con ambientes religiosos, se da cuenta pronto que, en medio de sus riquezas materiales, tienen un verdadero complejo de inferioridad frente a los pueblos latinos, por lo que a santos se refiere. Muestran también su preferencia por visitar los lugares de las apariciones de la Virgen, sean o no auténticas. Ellos se sienten como indignos de estas apariciones.

Por eso, las palabras de Pablo VI en la ceremonia de la canonización fueron muy alentadoras. Santa Isabel Seton "presenta al mundo la nueva riqueza de la espirtualidad religiosa, que la prosperidad temporal de los Estados Unidos parecía ofuscar y casi hacer imposible. América, continuaba el Papa, es muy digna de recibir en su fecundo suelo la semilla de la santidad evangélica".

Terminamos con la oración de Juan XXIII el día de la beatificación: "¡Oh beata Isabel Seton, que brillas hoy ante el mundo por tu fidelidad a las promesas bautismales, mira con ojos de predilección a tu pueblo, que de ti se gloría como primera flor de santidad! Concédeles de Dios la gracia de guardar el sagrado patrimonio de la vocación al Evangelio, la firmeza en la fe, el ardor en la caridad para que corresponda a su particular vocación. Y sobre la Iglesia entera extiende tu protección, ofreciéndole como ejemplo el fuego de generosidad y de amor, que te impulsó de caridad en caridad (2 Cor 3,18) a la glorificación de hoy".

UN GAUCHO CON GANCHO

"Venían a buscarle a caballo al presbiterio para que fuera a socorrer a un enfermo, o para un nacimiento, o para un herido, o para un moribundo. El sacerdote era el padre de todos. Nada estaba fuera de la responsabilidad del padre, del sacerdote. Era médico, consejero, juez, consolador de los afligidos, protector de los débiles. Era todo. En todo lo concerniente a la vida humana las personas se dirigían a su padre, a casa del sacerdote. No únicamente en lo que atañe a la vida humana. Pues en las circunstancias y calamidades más dispares, si los caballos o los cerdos, los bueyes o los pollos, los perros o las vacas enfermaban, si no llovía, si las aguas y el fuego destruían las propiedades, se iba a casa del padre de los hombres, a casa del sacerdote... Pues no se es sacerdote como se es trabajador, funcionario o artesano. No se es sacerdote para hacer horas de oficina, con recreos, con días de vacaciones. Se es sacerdote continuamente. Sin interrupción. Sin descanso. Sin tregua alguna. Día y noche. Es igual que se puede llamar a Dios en cualquier momento y con cualquier motivo, sin temor a importunarle, lo mismo se puede acudir en cualquier momento y con cualquier motivo a casa del sacerdote" (Gheorghiu).

Magníficas palabras, que describen adecuadamente la vida del Cura Brochero. Siempre estuvo disponible. Para todo y para todos. Sin reservarse un minuto para su persona. "El sacerdote es un hombre comido", decía Chevrier. Por eso Brochero se dejaba devorar, porque, como San Pablo, había sido atrapado por Cristo Jesús (Flp 3,12), hasta convertirse en el gran apóstol del Oeste argentino.

* * *

José Gabriel Brochero Dávila nació el 16 de marzo de 1840 en Santa Rosa de Río Primero, provincia de Córdoba. Un día después recibía las aguas lustrales del bautismo. Sus padres se llamaban Ignacio y Petrona, honrados trabajadores y buenos cristianos, que formaban un hogar ejemplar.

Nació al amanecer, hijo de la aurora, como buen augurio de lo que su nacimiento iba a suponer para Argentina: un vigoroso y pujante renacimiento en tantos campos del espíritu que él roturó, regó con sus sudores y tuvo el inmenso consuelo de verlos rebosantes de granadas mieses.

Pocas noticias hay de la infancia de José Gabriel. Se sabe que es un discípulo aventajado del cura Ardiles. Y que enfermó gravemente de viruela. Le quedan como recuerdo, "profundas huellas en su rostro, que si podían afearlo en el sentido rigurosamente estético, daban no obstante al conjunto de su

cara, un sello tal de bondad que nadie, absolutamente nadie, podía dejar de sentirse atraído hacia su persona, por una simpatía irresistible" (Galíndez). Como dirá con gracia Arrieta de Avila: "Un tesoro de nobleza/ un colmo de honestidad/ y un filón de caridad/ bajo una tosca corteza".

En la vida humana todo es providencial, cuando el hombre tiene los ojos abiertos y sabe mirar hacia lo alto. "Todo lo que ocurre es adorable" (Teilhard de Chardin). Un día José Gabriel fue con sus amigos a jugar al río. Todos se metieron a bañarse. Pero él no se metió. Su padre le había advertido de las malas bromas del río, que tenía a veces crecidas imprevistas y arrolladoras, sumamente peligrosas. De repente uno de sus compañeros estaba a punto de ahogarse. Nada podían hacer por él. José Gabriel cayó de rodillas y se puso a rezar con gran entereza y confianza. El compañero se salvó. No fue aquél un suceso trivial para José Gabriel. Su alma quedó como *tatuada para siempre.* Sintió aletear en su interior el soplo del Espíritu. Descubrió un mundo nuevo. Oyó la llamada de Dios. Ya nada sería como antes. Intuyó en su corazón que una *nueva senda* se le abría, y que caminaría por ella, en una *marcha sin retorno,* siguiendo la estrella que le encendía Dios. Hacia ella miraría siempre, teniendo en cuenta que "la polar es lo que importa".

* * *

La idea de entregarse sin reservas a Dios fue cristalizando en su corazón. Y como consecuencia de ello, a los 16 años entró en el Seminario de Córdoba. En el Seminario supo granjearse el aprecio de todos por su esmerada conducta y manifiesto aprovechamiento. Su vocación sacerdotal iba madurando poco a poco. Tuvo, como suele suceder, sus momentos de indecisión. "No sabía qué estado adoptar, si el seglar o el eclesiástico. Un día, dominado por esta preocupación, asistió a un sermón en que se bosquejaron las exigencias y sacrificios de una y otra bandera —según su propia expresión— y apenas concluyó de escucharlo, la duda ya no atormentaba su alma, y ser sacerdote era para él una resolución inquebrantable" (Cárcano). Son, pues, las exigencias y sacrificios lo que le ha inclinado hacia el sacerdocio. Intuía claramente que "la vocación es algo esencialmente social. No consiste en un sentimiento, ni en un gusto, ni hay que esperar una llamada telefónica de Dios, ni se nace con una señal especial en la frente. El llama cuando da ojos para ver las mieses granadas que se pierden por falta de brazos" (Sans Vila).

Su corazón ardía en impaciencias apostólicas. Pero no le pesaba el internado del Seminario. Comprendía las sabias razones por las que la Iglesia exigía, y sigue exigiendo, esos años de recogimiento, de estudio y de oración, en que los candidatos al sacerdocio se curten y templan para sus futuras tareas. San Juan de Avila describe muy gráficamente esas razones: "Así como escogen los mejores potros que hallan y los llevan a la caballeriza del rey, y los ponen debajo de la mano de un maestro para que, siendo curados e impuestos, salgan tales que el rey sin vergüenza se pueda servir de ellos, así acá, de los mancebos virtuosos que se hallaren, sean traídos a este recogimiento los que fueren menester y allí sean entregados a sus rectores y maestros para que, debajo de clausura y obediencia, se ejerciten en ayunos y oraciones y regla de honesto vivir, y así luego salgan hábiles para ser abogados por el

pueblo de Dios. y aprendan principalmente bondad, y después letras, para que puedan ser sin peligro maestros y edificadores de ánima". Todas estas cautelas y preparación son necesarias para los que, según el mismo Santo, son "hombres celestiales o ángeles terrenales".

Durante los años de Seminario practicó con singular fervor los Ejercicios Espirituales. Además colaboró animadamente en los que se dirigían a otros grupos. Este apostolado se le mostró desde el principio como sumamente provechoso. Luego será una de sus principales armas apostólicas.

El 4 de noviembre de 1866 era ordenado sacerdote por la imposición de manos de Mons. Ramírez de Arellano. Poco después cantaba solemnemente su Primera Misa. Día de narrables emociones para él y para sus padres. Su padre moría al poco tiempo. José Gabriel había llegado a la meta del sacerdocio, tantas veces soñada. Un día que no se puede olvidar. "Uno de los momentos más solemnes de mi existencia fue cuando puse mis manos sobre las del obispo para prometerle obediencia", dijo en una audiencia Juan Pablo I a los sacerdotes de Roma. Ya tenemos, pues, al Cura Brochero con el corazón en llamas por la gloria de Dios.

* * *

Empieza una activa vida sacerdotal, como capellán de la Catedral. Se extiende por toda la provincia la terrible epidemia de cólera, que ceba implacablemente en la población, cobrándose centenares de víctimas. Despliega en todas partes su celo humanitario y sacerdotal sin miedo al contagio. No se concede un momento de descanso. "Este ha sido uno de los períodos más ejemplares, más peligrosos, más fatigantes y heroicos de su vida" (Cárcano). Fue un óptimo adiestramiento para los momentos arriesgados que vendrían después. En este tiempo trabajaba también como Prefecto en el Seminario.

En 1869 es nombrado cura de San Alberto. Tiene de momento su residencia en San Pedro, cabecera de la zona. Es una parroquia de extensa y muy accidentada geografía. Zona hermosa de ríos y peñascos, como los Gigantes y el Champaquí, que vigila desde las Sierras Grandes aquellos contornos hasta Traslasierra. Zona lindante con San Javier y las tierras serranas de la Rioja. Naturaleza bravía y arisca. Pero esta bravura de la tierra, en vez de asustarle se le comunicaba, en amistosa simbiosis, a nuestro héroe, que no se arredraba ante las dificultades, sino que cobraba, ante ellas, un inmenso coraje. Queda pronto encargado también de la parroquia de Villa de El Tránsito, que será el centro neurálgico de todo su celo apostólico.

Rápidamente se identifica con el pueblo. Trata con todos. Se preocupa de sus problemas. Les habla en su lenguaje. Construye oratorios para sembrar de sagrarios la comarca. En la reconstrucrión de uno de ellos se rompe la pierna trabajando con todos. Apenas se repone, vuelve otra vez al tajo.

Sin pérdida de tiempo, empieza una de sus tareas apostólicas predilectas: los Ejercicios Espirituales. Para reclutar ejercitantes atravesaba caminos intransitables y se dirigía a los ranchos más escondidos, siempre bregando entre las breñas, jinete sobre su mula *malacara.* Hasta 115 veces, contaba en su vejez, había caído de su mula, rodando por las piedras. Aznar nos lo describe, por la cuesta del Gaucho, "con su clásica mula tordilla, vistiendo su sombrero